



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# España y las cruzadas

Autor:

**E. Benito Ruano**

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

**1951/2 - 4, pag. 92 - 120**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# ESPAÑA Y LAS CRUZADAS

POR

**E. Benito Ruano**

*UNA ÉPOCA Y DOS MUNDOS*

“Cuando el mundo era medio milenio más joven — comienza Huizinga su obra, ya clásica, sobre «El Otoño de la Edad Media» — tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora.” Era más viva la manifestación de las diferencias entre valores opuestos como el dolor y la alegría, la dicha y la desgracia, la miseria y la riqueza. “Todas las cosas de la vida tenían algo de ostentoso, pero cruelmente público<sup>1</sup>.” En lo externo y no esencial, como una fiesta o un traje de ceremonias, el colorido y la facultad expresiva se manifestaban al máximo. Del mismo modo, en los sentimientos y en los pensamientos, en el modo de ser, había una voluntad exhibicionista que llevaba a proclamar a cuerno y timbal un amor, una bravura, una devoción.

“Intensidad de las formas”, éste es el epígrafe que podría encabezar una enumeración circunstanciada de características medievales, extendidas a toda su dimensión temporal. Ahora bien, estas formas no eran sino expresión viva de unos ideales hondamente sentidos, y la embriaguez ideal sólo puede experimentarse por formas de espiritualidad que ejerzan un poderoso influjo de atracción. Tal raíz informaba en efecto una época en cierto modo elemental y primitiva, que se movía espiritualmente entre imágenes, vínculos, sentimientos y poderes abstractos, pero que difícilmente los concebía sin una objetivación más o menos concreta<sup>2</sup>. Esto es, entre otras cosas, lo que se reconoce al afirmar que la Edad Media propende en gran manera a la simbolización y a la creación de formas estilizadas. Cruces y banderas, Pontificado e Imperio, sol y luna, doble espada, forman el paisaje en que, proyectados a su más sublime dimensión de altura, la Edad Media intenta — y consigue — *realizar* sus ideales. Es en dos arquetipos vitales, poderosamente cargados de sentido, donde se contiene el modelo último espiritual, bifronte, de la Edad Media: La vida caballeresca y la vida religiosa.

Diametrales en su esencia, ambos ideales fueron mutuos contrapeso y polos de un eje unívoco de ideal humano, y hallaron en su trasunto real tan

<sup>1</sup> J. HUIZINGA: *El Otoño de la Edad Media*. Rev. de Occidente, 1ª ed., Madrid, 1930, t. I, p. 11.

<sup>2</sup> “En los imponentes monumentos por los cuales anunciaba al exterior su fuerza el monacato, veía el pueblo una encarnación importante y manifiesta de la idea religiosa.” “Por las reliquias se presentaba lo santo al pueblo en forma visible y como una fuerza que actuaba mágicamente.” W. WEISBACH, *Reforma religiosa y arte medieval*. Espasa-Calpe, Madrid, 1949, p. 25 y 31.

permanente coexistencia que llegaron a informar, fundidos, más de una gran creación medieval, personal o colectiva. Si el ideal caballeresco no era en principio sino un *vicio brillante*, lo que el mismo Huizinga llama “la soberbia embellecida”, fruto estético de una “moral de señores” en palabras de W. Vedel, también es cierto que supo vivirse como un hondo ascetismo, transformado en “noble fantasía de perfección viril”<sup>3</sup>.

Como ideal y como forma de vida, ambos espíritus entremezclaron tan hondamente sus raíces que, incluso externamente, no pudieron sino sintetizarse. Y así hallamos en las Órdenes Militares la expresión más clara de esa vida de azar, aventurera y heroica de la Caballería, con una mística justificación *a lo divino*.

Esta es la época. Pero éste es sólo uno de los mundos. Al margen, en un margen que ha desbordado los límites tradicionales que permitían denominarle Oriente, está el otro mundo, el oriental, representado en este momento por el sujeto islámico, tendido al sur de Europa y abrazándola por ambos extremos, amenazando estrechar su tenaza y cerrarla en un esfuerzo final.

El mundo oriental no se halla en esta época al margen del imperativo temporal que gravita sobre Occidente. Vive unos siglos exaltados, frenéticos, de victoria, que permiten acogerle bajo la misma tónica de intensidad de formas que domina en el orbe cristiano. La apasionada fruición con que su alma inencauzable se ha volcado siempre hacia cualquier riqueza sensual de formas y de normas acentúa esa intensidad de su momento. El hervor de una revelación ha sacudido este mundo con el revulsivo de unas doctrinas a su hechura, fáciles directrices y promesas que colman sus más irrealizables ambiciones. Mahoma ha unido tan estrechamente a sus gentes “como los ladrillos de una muralla”. Miles de tribus se mueven al unísono, “como una sola mano”.

La inmensa energía acumulada de siglos por el hombre del desierto se pone en marcha, hábilmente manejada por los caudillos del Islam, tan pronto como, organizada, hubo encontrado una misión y un profeta que la desatase. Para el mundo de cosas inmediatas en que se mueven las masas, el botín y la conquista son alicientes, entre los musulmanes, que, en la esfera de las ideas, accionan el imperialismo y el proselitismo religioso. Una fe ciega y un acendrado afán guerrero equiparan a Oriente y Occidente.

Son pues, dos masas de cargas iguales y contrarias las que se enfrentan. En una amplia visión histórica, el tercer mundo del momento, Bizancio, no cuenta. Es una zona de frotamiento, la modificación terminal de uno de los contendientes<sup>4</sup>. Quedan por tanto frente a frente, como en antiguas épocas, como siempre, los dos mundos únicos, los dos *mitos* eternos de Oriente y Occidente. El choque no se hace esperar y se realiza con violencia.

Con Oriente carga el fanatismo popular mahometano y la fiereza del hombre del desierto, hecha ideal caballeresco al contacto de ejércitos y cortes persas. Dos ideales fundidos en uno por el precepto alcoránico: la guerra santa.

Con Occidente están una profunda religiosidad activa y un ideal guerrero que se manifiesta en quehacer positivo antes que como fruto de una necesidad de defensa: Su síntesis es la Cruzada.

<sup>3</sup> HUIZINGA, *op. cit.*, I, 109.

<sup>4</sup> Rambaud señala que Bizancio fué “un estado de la Edad Media situado en la frontera extrema de Europa, en los confines de la barbarie asiática”, antes que un epígono o segunda edición del Imperio Romano. (*L'empire grec au x siècle*), p. 8.

Fué el trasfondo de las dos últimas circunstancias enumeradas lo que, en mi opinión, produjo la magnitud y el desencadenamiento de las cruzadas. Ni un interés económico ni una ambición política hubieran determinado nunca otra cosa que una empresa local y fragmentaria. Si es cierto que no todas las que se acogen bajo el dictado de cruzadas cumplen las características que vamos a enumerar, lo es también que en la misma medida se apartan de su puridad como tales; pero un movimiento cruzado se justifica y define por las siguientes notas:

1º El ideal religioso. Su fin es un ideal místico, trascendente, muy por encima de los intereses de mera conquista o de la visión simple del peligro islámico que, como tales, tuvieron un papel secundario en la conciencia de los cruzados.

2º El motor épico. Por sí solo, el ideal religioso no hubiera sido capaz de llevar a cabo una empresa de tan altos vuelos, si no hubiera estado accionado por un poderoso y estremecido espíritu militar. Si los Santos Lugares no hubiesen tenido que ser conquistados por las armas, si no se hubiese estimulado el afán guerrero de los hombres, la humanidad habría reaccionado en muy distinta intensidad y manera.

3º La universalidad del movimiento. No hay cruzada de grupo. La idea de internacionalismo, digámoslo así, es congénita de la cruzada. Sus móviles afectan a grupos más amplios que una comunidad política, geográfica o de derecho. La idea religiosa, concebida en cambio de modo universal, válida para todo los hombres, hace a la Cristiandad en pleno sujeto de la misma.

4º El entusiasmo, la embriaguez inédita que traspasaba a cuantos habían de tomar parte en la empresa y aun a cuantos vivieron los días emocionados de su realización<sup>8</sup>. Esto ya es algo que cae dentro de la tónica del momento, de la intensidad y romanticismo de la época, de que hemos hecho referencia más arriba.

Hoy, que se han rebuscado hasta la saciedad relaciones e influjos remotos, determinantes indirectos e internos que motivaron los hechos mismos, me ha parecido oportuno recordar estas otras causas directas y ciertamente decisivas de las expediciones cruzadas a Tierra Santa. No hay por qué olvidar que en su organización y cumplimiento intervinieron motivos de toda índole —económicos, culturales, personales, militares y políticos—, pero ante todo y siempre, hay que tener en cuenta que su palanca principal e inmediata la constituyeron razones ideales y espirituales; que, con todo y aquéllo, aun tienen vigencia las palabras vetustas de Michaud: “El principal motor de las Cruzadas fué el espíritu religioso.”

La historiografía de nuestro siglo ha vuelto por los fueros de lo espiritual fatigada e insatisfecha de interpretaciones materiales, exclusivistas, acerca del hecho de las cruzadas. La selección inteligente de P. Rousset en su tesis sobre *Les origins et les caractères de la première croisade*<sup>9</sup> permite agrupar todo un muestrario de afirmaciones de historiadores modernos, para quienes el determinante espiritual vuelve a primar sobre cualesquiera otros influjos. Dentro del sentido estricto con que este autor se atiene a un concepto de

<sup>8</sup> “Es preciso tener en cuenta las imaginaciones simples, ingenuas, espontáneas de la Edad Media, la intensidad de las emociones en las almas primitivas. Alberto de Stade dice que en la comarca de Lieja, bajo el imperio de la exaltación religiosa, las mujeres llegaron a retorcerse en convulsiones delirantes.” FUNCK-BRENTANO: *Les croisades*. París, 1934, p. 113.

<sup>9</sup> Facultad de Letras de la Univ. de Ginebra. Ed. de la Baconnière, Neuchâtel, 1945.

## Las Cruzadas.

“Cruzada es una palabra mágica, y las palabras mágicas pueden convertirse en imanes que arrastren grandes estelas de insensatez dentro de la esfera de su influencia <sup>5</sup>.”

Estas palabras, que ya fueron ciertas siempre que el señuelo de cruzada se esgrimió para cualquier empresa, desde la primera que se realizó bajo tal nombre, lo han sido también muchas veces que de cruzada se ha tratado desde el punto de vista que hubiera debido ser objetivo de su estudio e historiación.

La cruzada fué, en su realización, escudo bajo el que se ampararon y justificaron todos los crímenes y todos los excesos; fué bandera aireada para atracción de medios y encubrimiento de fines en que las ambiciones más lejanas del verdadero ideal cruzado tuvieron la parte del león. “Había en la cruzada — se ha dicho — dos partidos: El de las personas piadosas y el de los políticos <sup>6</sup>.” Había, en realidad, muchos más. Reiteradamente se han buscado y puesto de manifiesto intereses e influjos remotos y subterráneos que condicionaron secundariamente el movimiento de que fué sujeto Europa a lo largo de dos largos siglos. Pero existieron también determinantes inmediatos, directos, cuyo papel no admite *capite diminutio*. Sintetizando el parecer de muchos autores, podríamos enumerar unos y otros motivos así, comenzando por estos que nosotros estimamos como más indirectos y lejanos:

a) La penuria y carestía contemporánea que son casi unánimes en señalar la mayoría de las fuentes.

b) La atracción económica del Oriente como un mercado casi virgen, apenas entrevisto en sus posibilidades por la explotación que inicia Venecia a través de privilegios bizantinos (1082).

c) El carácter de imán y receptáculo de peregrinaciones que la Tierra Santa ejerció, acaso desde los siglos VIII y IX, respecto a todos los pueblos de la Cristiandad. Sea o no cierto el posible protectorado — que Bréhier y Schnürer afirman — de Carlomagno en Oriente, bajo el califato de Harun-al-Rachid, es lo cierto que las relaciones mantenidas por los carolingios (Pipino, el mismo Emperador) con los califas de Bagdad, tendrían por objeto la protección de tales peregrinos. A partir del siglo X, luego de la pérdida y sucesiva reconstrucción de los Santos Lugares, esta vez ya ciertamente bajo protectorado bizantino, las peregrinaciones se incrementan, sobre todo tras la conversión del rey Esteban de Hungría (979-1038), que abrió con la del Danubio a los viajeros, la ruta *la plus sûre qu'on put trouver*, al decir del cronista Raúl de Glaber. “Estas expediciones — dice Bréhier — no son aún cruzadas..., pero tienen un lugar no menos importante en la historia de sus orígenes <sup>7</sup>.”

d) Está por último el clima de beligerancia, las luchas que el Islam suscita dondequiera que aparece en contacto con cristianos: España, Sicilia, en Occidente; Bizancio en Oriente, donde se provocó una necesidad de defensa expuesta por los emperadores ante los Pontífices.

<sup>5</sup> E. BARKER: *Las Cruzadas*. Univ. de Oxford: *El Legado del Islam*. Madrid, Pegaso, 1944, p. 67.

<sup>6</sup> KUGLER: *Kaiser Alexius und Albert von Aachen*. Cit. por Vasiliev en su *Hª del Imp. Bizantino*, II, 25.

<sup>7</sup> L. BRÉHIER: *L'église et L'Orient au Moyen Age: Les Croisades*. 3ª ed. París, 1911, p. 48.

cruzada — peregrinación guerrera<sup>10</sup>, hechos sustantivos ambos términos definitivos — la conclusión final a que se llega, como consecuencia de un ambiente respirable a lo largo de la historia y de las fuentes, es que la cruzada es fruto de una mentalidad cronológica y colectiva; una creación de época, un movimiento típico de un tiempo y un estado de alma. “Todas las causas de la cruzada reveladas por los historiadores... son ciertas, pero no bastan para explicar un acontecimiento de tal magnitud.” “La cruzada es un fruto de su tiempo, de un tiempo bastante estricto, de un tiempo considerado sobre todo según la mentalidad y el ideal<sup>11</sup>.”

Definido en este sentido el concepto amplio de cruzada, el espíritu cruzado que informa la época, se nos aparece más clara su imagen como movimiento de integración y de oposición total. Guerra integral, contraposición categórica de Oriente y Occidente, que levantó unida a Europa en armas intelectuales y de combate contra el Islam. Del mismo modo que “la filosofía católica de la Edad Media puede considerarse como un ensayo de refutación del averroísmo”, según algunos<sup>12</sup>, “la primera cruzada es la primera ofensiva organizada del mundo occidental contra los infieles”<sup>13</sup>.

Porque, a pesar de la desvirtuación progresiva del espíritu inicial que hallamos en sucesivas expediciones, es erróneo ver en el movimiento total a que dió comienzo la predicación de la primera cruzada otra cosa que un impulso de unificación de Europa, el más grande y acaso el único que de modo espontáneo y consciente se ha llevado a cabo con plena independencia por las distintas regiones y pueblos que forman este viejo cuerpo de la occidentalidad. Integración muy distinta de cualquier imperialismo, y que sólo podría llevarse a cabo, en lo material, por un poderoso incentivo espiritual. Su razón y ocasión de ser hubo de tener lugar en esa Edad Media cuyo más agudo y universal rasgo es, para el Occidente, su *cristianidad*.

<sup>10</sup> “El cruzado es ante todo un peregrino — dice Rousset —... La cruzada transforma una ruta pacífica en una ruta guerrera” (*iter Hierosolimitanum*), *op. cit.*, p. 134. Y en otra parte: “La cruzada es una guerra que, entre las guerras santas, participa de algunos caracteres propios... La cruzada hereda la ética de la guerra santa y le añade varios caracteres. Así, la cruzada es una peregrinación, se desarrolla sobre la ruta antaño reservada a los peregrinos y su fin es primero piadoso, antes de convertirse en militar y político. Guerra santa que se realiza como un peregrinar guerrero y que obtiene su fuerza del entusiasmo por Tierra Santa y los recuerdos que a ella se refieren”, p. 21.

En esta voluntad de exactitud por un concepto y definición de cruzada se ha llegado a precisiones jurídicas como las de Bridrey (*La condition juridique des croisés et le privilège de croix*, París, 1900) y Villey (*La croisade, essai sur la formation d'une théorie juridique*, París, 1942) a base del principio de guerra justa y de la noción estricta, jurídico-religiosa, de la indulgencia y del cruzado como sujeto de este derecho o privilegio.

<sup>11</sup> ROUSSET, *op. cit.*, p. 196 y 197.

<sup>12</sup> CH. SINGER: *Historia de la Ciencia*. México, 1945, p. 157. Modernamente se observa cierta tendencia a explicar la historia entera del occidente medieval cristiano en función del mundo musulmán: “Es rigurosamente cierta la afirmación — dice H. Pirenne — de que, sin Mahoma, Carlomagno es inconcebible” (*Mahomet et Charlemagne*, 2ª ed., París-Bruselas, 1937, p. 210). Por su parte, Américo Castro afirma: “Los españoles de los primeros siglos de la Reconquista ofrecen por primera vez una conciencia de ser y querer ser de cierto modo, justamente por no querer vivir como los musulmanes.” “Santiago apareció de golpe como un anti-Mahoma; el Arcipreste de Hita como un mudéjar adaptador de Ibn-Hazm;... la ausencia de poesía lírica entre los siglos XI y XIII, como una reacción defensiva contra la sensualidad musulmana” (*España en su Historia*, Buenos Aires, 1948, p. 12 y 14).

<sup>13</sup> VASILIEV: *Historia del Imperio Bizantino*. Barcelona, 1946, t. II, p. 137.

Pues bien, excluir de la comunión en ese espíritu a España sería negar el ser de Europa y la existencia del movimiento occidental de cruzada como algo más que un ocasional pretexto expedicionario. La historiografía eslava — cuyo mundo Vasiliev nos entreabre por sí y por sus referencias —, acaso por identificación de su objeto en un mismo olvido durante mucho tiempo, parece haber comprendido bien nuestra historia medieval. Por los mismos años de nuestra Reconquista y de la primera Cruzada, el pueblo ruso se empleaba en la defensa desesperada de las estepas meridionales frente a los polianos. La ofensiva contra el infiel — puede decir con pleno sentido este autor — “no se limitó a la Europa Central, a Italia y Bizancio, sino que empezó en el extremo SO. de Europa, en España, prolongándose hasta las infinitas estepas de Rusia”. “España, pues, fué el ala derecha de la cruzada<sup>14</sup>.” En el ala oriental, “la lucha ruso-poliana — dice Kluchevski, captando perfectamente su papel occidentalista — pertenece a la historia europea. Mientras Occidente empeñaba las cruzadas contra las fuerzas asiático-orientales y en la Península Ibérica se sostenía un movimiento análogo contra los moros, los rusos cubrían el flanco izquierdo de Europa”<sup>15</sup>.

Rusos, españoles, escandinavos, germanos, francos, italianos, todos ocupan un puesto, todos juegan un papel, aun cuando la sugestividad y primacía de carácter de la *gesta Dei per francos* hayan empalidecido la memoria de aquellas tintas. Las diversas fracciones *nacionales* se aglutinan, “hablan entre ellas de un *populus occidentalis* y ven bien lo esencial de esta unión cuando oponen al Islam la Cristiandad (*christianismus*)”<sup>16</sup>.

Todo esto no es una mera abstracción, una visión cósmica de los hechos, sino una realidad objetiva, cuya materialidad puede analizarse. Prueba concluyente es que el todo formado tiene una cabeza y un sujeto actor, que es quien ha organizado y conseguido la unidad: el Papa<sup>17</sup>

El Pontificado, que es uno de los más rotundos símbolos medievales, vive en estos años los más intensos momentos de su duelo con el Imperio, su gran adversario. Los dos únicos poderes ecuménicos frente a frente, pugnan por su predominio, y es precisamente el movimiento de cruzada quien viene a dar al Pontífice las armas de su triunfo, pasajero por el momento. El Papado es erigido en cabeza efectiva del mundo cristiano, jefe del imperio temporal y del ejército universal, a más de indiscutible autoridad suprema de las conciencias.

Bizancio sufre en la carne de su Imperio los primeros zarpazos de la expansión islámica. Desde la muerte de Mahoma (632) hasta 650, los árabes han conquistado Siria, Asia Menor, la Mesopotamia Superior, Palestina y Egipto. El primer Omeya, Moavia, llega a amenazar seriamente Constantinopla, de donde es rechazado por el “fuego griego”.

Hasta aquí, Bizancio ha combatido solo, oponiendo la dignidad senil de sus instituciones al ímpetu arrollador de un pueblo joven: “Fué antes de las

<sup>14</sup> *Loc. cit.*

<sup>15</sup> *Historia de Rusia*. Trd. inglesa. Londres-New York, 1911. Cit. por Vasiliev, tomo II, p. 38.

<sup>16</sup> G. SCHNÜRER: *L'église et la civilisation au moyen-âge*. París, 1935, t. II, p. 470.

<sup>17</sup> “Muchos historiadores, observa con razón Achille Luchaire, se atienen demasiado estrictamente a las páginas elocuentes de Michelet sobre los grandes movimientos populares... Pero es comprender mal la cruzada el ver en ella simplemente una agitación de grandes masas cristianas. La cruzada fué más una institución de la Iglesia, creada, organizada y dominada por el Papado.” A. LUCHAIRE, *apud Histoire de France*, dirigida por E. Lavisse, t. II, vol. 2, p. 231. París, 1911.

cruzadas y quizá con más perseverancia — dice de él su gran conocedor Ch. Diehl — el campeón en Oriente de la Cristiandad contra los infieles<sup>18</sup>.”

Pero luego, cuando, los turcos seldyúcidas aplastaron a las fuerzas imperiales en Mantzikert, quebrantando definitivamente su dominio en Asia (1071), cuando Jerusalén cayó de nuevo en manos infieles y Constantinopla se vió asediada en el invierno de 1090-1091, los emperadores volvieron sus ojos implorantes al Occidente.

El Papa asume entonces su papel rector e inicial en las cruzadas. Gregorio VII puede considerarse como el gran precursor, por sus relaciones con los *basilei* constantinopolitanos y las gestiones en pro de su ayuda. A partir de estos momentos despliega una incansable actividad de elemento unificador, factible bajo su pontificado para la Cátedra de Roma gracias a una red de legados y una efectiva sumisión de los cleros nacionales a la enérgica férula pontificia. Roma es el único polo viable de orientación europea y no anda remisa en ejercer su singular capacidad. De un lado se le ofrece la perspectiva de fusión entre las iglesias de Oriente y Occidente, ambición cara como pocas que podían presentársele en aquel tiempo a la romana, y para cuya consecución se ofrecía Miguel VII. De otro lado estaba la aglutinación de las naciones cristianas, trabajadas intensamente por poderes disolventes como el feudalismo y las incipientes realezas. Se precisaba, para predominar sobre ambos, señalar a aquéllas una misión, un objetivo común, como Mahoma había hecho por su lado, “proclamar, como lo hizo Urbano II en Clermont el año 1095, al predicar la cruzada, que el abuso fratricida de guerras intestinas debía convertirse en guerra sagrada contra los infieles”<sup>19</sup>. Es éste un punto sobre el que se ha vuelto repetidamente por los historiadores y sobre el que nunca se insistirá bastante<sup>20</sup>.

Y una vez realizada por el Pontífice esta gigantesca integración, ¿qué emperador osaría resistir al poder omnímodo del Vicario de Cristo? La grandiosidad de la concepción está muy en armonía con los vastos ideales de Gregorio VII. No obstante, no fué a él, sino a Urbano II, a quien correspondió realizar, en la amplia manera en que le fué posible, tan cara ambición.

La ocasión se brindó cuando Bizancio hubo de acudir una vez más a Occidente en demanda de auxilio. Se ha discutido la presencia y el papel de los presuntos emisarios de Alejo I Comneno en el concilio de Clermont en 1095, pero parece fuera de duda que la iniciativa de Urbano estuviese determinada por la llamada del Emperador.

Entonces, después del Sínodo de Piacenza, tras la sesión de clausura del Concilio de Clermont, tuvo lugar la más trascendente explosión de fe y de entusiasmo que se haya registrado en la historia. Sólo aquel día explica entero el movimiento subsiguiente. El grito de *¡Dios lo quiere!* y la roja cruz que adoptaron los campeones de la fe, perdurarían en los ecos y en los confines de dos siglos sobre las rutas de Oriente.

Pero en el detalle de este hervor a lo largo de los meses inmediatos, como

18 CH. DIEHL: *Grandeza y servidumbre de Bizancio*. Madrid, 1943, p. 6.

19 BARKER, *loc. cit.*, p. 59.

20 “Él (Urbano II) veía por otra parte en esta gigantesca empresa de las naciones occidentales en un común esfuerzo, el medio de unir las entre ellas y, lo que quizá era más importante aún, de aplacar las luchas de señor con señor, de ciudad con ciudad, que en estos conflictos, indefinidamente repetidos, usaban sus fuerzas, agotando a la Cristiandad.” Funck-Brentano, p. 12. Para Rousset, la cruzada significa en este sentido una verdadera “tregua de Dios”, durante la cual los ímpetus belicosos se desahogan conjuntamente contra los infieles.



en el curso y resultado de cada una de las expediciones, no hemos de entrar. Ya desde la primera, los emperadores “no concebían la ola de entusiasmo que arrojaba el Occidente a la liberación del Santo Sepulcro, y no veían en la cruzada más que una empresa puramente política”<sup>21</sup>. Para Alejo, “la liberación de los Santos Lugares, no pertenecientes a su Imperio hacía cuatro siglos, parecíale secundaria”. Ante él, “los cruzados — meros mercenarios — eran tan bárbaros como los turcos y pecheneques que amenazaban el Imperio”<sup>22</sup>. Justo es decir que, por su parte, hicieron lo suficiente para ganar esta consideración.

Esta disparidad de objetivos fué una de las razones de que la empresa general de las cruzadas fracasara. Al final del movimiento, no sólo no se ha conseguido rescatar los Santos Lugares ni rechazar a los musulmanes hacia el Asia, sino que Constantinopla caerá más adelante en poder de los turcos y las conquistas de éstos se extenderán por los Balcanes y los llevarán un día ante a las puertas de Viena.

Pero más que la discrepancia entre los fervores occidentales y la necesidad bizantina, determinó el fracaso la misma traición de las cruzadas a su propia esencia, que acaso no fué sino una baja de tensión indefectible de producirse en el decurso de los años. A lo largo del tiempo, en efecto, el movimiento fué perdiendo la pureza inicial que, al menos en cuanto a principios, mantuvo la sublimidad de la primera cruzada. Sus mismos ideales se fueron degradando, haciéndose más utilitarios y políticos<sup>23</sup>. “Aún se les llamaba cruzadas, pero no eran ya verdaderas cruzadas. El primitivo y claro intento de vencer y dominar la presión mahometana contra nuestra civilización, yacía en ruinas<sup>24</sup>.” En su motivación fueron adquiriendo predominancia las razones secundarias, mediatas, que con posterioridad han preferido en un tiempo señalar los historiadores de la cultura — económicas, políticas, estratégicas —. No obstante, en cuanto fueron cruzadas, persistió en ellas el espíritu de idealidad, enmascarando su trasfondo, para arrastrar a los hombres a la aventura sacra, espíritu que se halla hasta en la última de las expediciones, la segunda, caballerisca y desgraciada, del rey San Luis. Pero esto es sólo como un rescoldo y un eco, un espíritu cruzado *a imagen y por participación* del genuino y original. Las que predominaban eran ya razones a flor de tierra. Tras la palabra mágica se movieron otros muchos señuelos y se produjeron, en lo peiorativo, otras muchas estelas además de la de insensatez.

<sup>21</sup> DIEHL, *op. cit.*, p. 187.

<sup>22</sup> VASILIEV, *op. cit.*, II, 41 y 42.

<sup>23</sup> En puridad conceptual, apenas si puede considerarse cruzada más que la primera expedición así denominada. Según R. GROUSSET (*Histoire des Croisades et du royaume franc de Jérusalem*, 3 vol., París, 1934-1936), la cruzada verdadera no duró sino de 1096 a 1099, los tres años que mediaron entre la partida y la conquista de Jerusalén. El resto son empresas feudales y coloniales que se acogen al nombre para excitar y promover el entusiasmo.

Hilaire Belloc concede un poco más: la cruzada subsistió entre 1095 y 1187, entre Clermont y Hattin. “Hattin fué el fin. Después de Hattin hubo expediciones de todo tamaño, generación tras generación, durante siglos, y aun les correspondió el nombre de cruzada mientras se relacionaron, directa o indirectamente, con ataques contra el dominio mahometano en las costas del Mediterráneo. Pero no fueron lo que habían sido las expediciones del siglo XII entre 1095 y 1187, porque Jerusalén estaba perdida. Sin Jerusalén, sin el Santo Sepulcro, había cambiado el significado de la lucha” (H. BELLOC: *Las Cruzadas*. Buenos Aires, 1944, p. 373).

<sup>24</sup> BELLOC, *op. cit.*, p. 8.

## La Reconquista.

Cuando el Occidente en pleno se apresta a la lucha contra el Islam, en 1095, España llevaba ya cerca de cuatro siglos combatiéndolo. Ella como Bizancio tenía el enemigo en casa, y la lucha contra el mundo musulmán no era para ella una lejana y tentadora aventura, sólo un celeste ideal místico, ni un cubileteo de intereses económicos, sino una imperiosa necesidad vital. Al otro extremo de Europa, combatió sola, sintiendo su propio peligro y aguijonada por la angustia o el ardor de cada día.

La lucha contra los moros fué su quehacer diario y normal, y al mismo tiempo, la medula y razón de su historia. Toda una fase juvenil y constitutiva de España, su Edad Media, puede denominarse de este modo: Reconquista.

La labor de reconquista configuró el ser de la historia española y contribuyó simultáneamente a darle una fuerte personalidad, original y única en la historia de Europa. Desde su etapa visigótica, ya había sido España una entidad propia y distinta en el organismo europeo. Antes aún, con prioridad a su incorporación al todo romano, peculiaridades de raza y de cultura la habían distinguido. La invasión musulmana la desliga a partir de 711 de muchos de los vínculos que la ataban al mundo transpirenaico, para incorporarla al imperio afroasiático<sup>25</sup>.

Entre todas estas experiencias, la última fué decisiva. En la zona que persistió europea, desde la misma invasión que amenazó aniquilarla como tal España, anegando su ser en el ser oceánico del imperio islámico, comenzó su vasto "proceso de incorporación" constitutivo y lo siguió y concluyó de un modo acompasado y armónico, como alcanzando escalonadamente las líneas generales de un esquema previo. "En este sentido, la historia medieval española es rítmicamente graciosa, como un poema<sup>26</sup>." En el paralelismo y simetría de sus líneas parciales, se advierte una unidad sinfónica; realizadas sus propias reconquistas, Aragón, Portugal y Castilla prosiguen en alas de su inercia, sin solución de continuidad, la guerra contra el moro en misiones africanas. Como un colofón o estrambote.

Pero además de esta función generatriz de un pueblo, la Reconquista cumple un papel de historia universal. Es en la total oposición de Oriente y Occidente que se realiza en la Edad Media, donde la Reconquista aparece como misión local de una empresa general.

Más arriba tuvimos ocasión de recoger la observación feliz que define el esfuerzo español como "el ala derecha de la cruzada". La Reconquista es, efectivamente, parte de ese movimiento general que traspasa la historia europea de la época. Su alcance excede del estricto ámbito nacional y su función supera el aislado batallar de estirpe o las conquistas de feudo.

Algunos, dice Menéndez Pidal, "piensan que los hombres del tiempo del Cid no aspiraban a ningún fin remoto: batallaban por instinto, para ganar su pan de cada día, luchaban por las dos leguas de terreno que tenían delante y por el menudo, afán del momento, faltos de un ideal directivo"<sup>27</sup>. Se equivocan. Las tierras de *Spania* nunca dejaron de tener representación espiritual ni de ser, por lo tanto, beneficio reivindicable para los cristianos. Pero, además, la Reconquista es ante todo guerra antiislámica, y la diferencia religiosa

<sup>25</sup> Cf. C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *España y el Islam*. Rev. de Occidente, Abril, 1929, pp. 1-30. Hay edición bajo el mismo título en Buenos Aires.

<sup>26</sup> S. MONTERO DÍAZ: *Introducción al estudio de la Edad Media Universal*, 2ª ed., Madrid, 1948, p. 124.

<sup>27</sup> R. MENÉNDEZ PIDAL: *La España del Cid*, 4ª ed., Madrid, 1947, t. I, p. 64.

predominaba en el fondo o abiertamente por sobre cualquier otra razón vinculadora que mantuviese el *statu quo* con los que, de hecho, podían ser considerados al cabo de los siglos como vecinos de siempre.

Esta doble objetivación, esta comunidad de fin y de matiz entre Reconquista y Cruzada — recuperación de un territorio *sagrado*, consagración de la lucha en sí — identifica ambas empresas en una relación de parte a todo.

Lo que sucede es que, como notan Barker, Menéndez Pidal y, con unanimidad universal, los historiadores modernos, los acontecimientos de España no pudieron ejercer la misma atracción intensa y ecuménica que los de Oriente. Circunstancias de toda índole — piadosas, poéticas, internacionales, de prestigio imperial — polarizaron en las cruzadas de Tierra Santa ideales y esfuerzos que, siendo idénticos a los de los españoles, en esta parte de Europa ellos sintieron y realizaron prácticamente solos. Los vivos relatos y los cuadros pintorescos que aquéllas provocaron en tantos cronistas y narradores, no encuentran paralelo “sino un eco debilitado y pobre en algunas crónicas monásticas” para las cruzadas de España<sup>28</sup>. Su estudio hay que hacerlo en la sequedad del dato y de la crónica. Pero no es extraño que las cruzadas de Oriente absorbieran y deslumbrasen con su resorte estético las mentes y las fantasías occidentales, dejando desenfocada y en la penumbra esta humilde y perenne llama de tenacidad que prendía en los pechos españoles. La poética y el colorido de aquéllas no podían compararse con las pequeñas campañas locales que tenían lugar del Pirineo para acá, aun cuando formasen parte del mismo impulso genial que guardaba a Europa.

Supieron en cambio comprenderlas, porque vivieron de cerca la catolicidad de sus empeños, Pontífices contemporáneos y muchos hombres de más allá del Pirineo que escucharon en el estrépito bélico de la Península el mismo acento que resonaba con intensidad más sugestiva del lado de Tierra Santa.

Esto hizo que, aunque empresa de ejecución nacional, la Reconquista atrajera también en distintos momentos la atención exterior y obtuviera su apoyo. Este germen de “internacionalismo” la señala aún más como precursora del movimiento cruzado y la identifica con su esencia hasta en pura concepción abstracta, agregándole una nota más entre las que subrayamos como características de las Cruzadas<sup>29</sup>.

Así comenzó a tener la Reconquista desde su misma vivencia, sanción como “la más valiosa colaboración que ningún pueblo ha aportado a la gran disputa del mundo entablada entre el Cristianismo y el Islam, disputa que, ora en lo material, ora en lo espiritual, hincha y caracteriza una grandísima parte de la llamada Edad Media”<sup>30</sup>. Fruto de esta aportación, significado de este esfuerzo es la contención secular del islamismo en el extremo Occidente de Europa.

Pero con no menos secular miopía, se ha venido atribuyendo el logro de esta labor prolongada a unas breves campañas, acaso a una simple batalla de Carlos Martel, aunque para ello o por ello haya sido preciso elevar a la condición de mito la personalidad del aguerrido caudillo franco. Ya en 1878 sin embargo, un historiador francés ponía las cosas en su punto para que

<sup>28</sup> P. BOISSONNADE: *Du nouveau sur la Chanson de Roland*, París, 1923, p. 68.

<sup>29</sup> La de universalidad. El último rasgo, el de entusiasmo, enumerados ya el místico y el épico, se advierte en la entregada pasión de los combatientes y está imperando en el ambiente de los mundos y la época.

<sup>30</sup> MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, II, 640.

pretenda explicarse después, harto cabalísticamente, que en Poitiers, en 732, Carlos Martel “ha salvado a la Cristiandad”<sup>31</sup>.

El peligro musulmán no se conjuró para Europa después de Poitiers. No se contiene el empuje de un pueblo, y menos si éste está animado del fanatismo y el éxito que impulsaban a los árabes de entonces, sino con una constante tensión y un paciente contragolpear o golpear primero. Es un rechazo perseverante el que puede detener su oleada y no una simple batalla, por decisiva y cruenta que ésta sea<sup>32</sup>. Pero esto no es atributo de un héroe, sino misión de otro pueblo.

Por lo demás, los árabes quedaban en el N. de España, prontos a rehacerse y volver a la carga. El que no lo hicieran dependió de la España cristiana en todo cuanto no lo fué de determinantes internos del mundo islámico. Y, lo que es más importante, la de 711 no fué la invasión única, ni quizá la más peligrosa. Cuando se recrudecieron las más bárbaras oleadas de almorávides, almohades y benimerines, España quedó sola, prácticamente, frente a los enemigos de la cruz, y fué en una y otra ocasión y entre uno y otro recrudecimientos de la guerra cuando verdaderamente “salvó a la Cristiandad”.

Así resulta exacto que la lucha mantenida en la Península Ibérica desde el siglo VIII tuvo desde su comienzo la índole y el carácter de verdadera cruzada. Incluso veremos que su tónica fué acaso ejemplo originario, servilmente imitado en ocasiones, para las expediciones de cruzada a Oriente: “el gran movimiento guerrero en repulsión del Islam oriental era en todo análogo y en parte consecuencia del iniciado por Alfonso VI y por el Cid contra los almorávides en Occidente”<sup>33</sup>.

Contribuirá a esclarecer este papel compartido por España en el movimiento cruzado el análisis somero de los siguientes enunciados:

1º Consideración pontificia como tales cruzadas, de las acciones de Reconquista emprendidas por los españoles.

<sup>31</sup> E. MERCIER: *La bataille de Poitiers et les vraies causes du recul de l'invasion arabe*. Revue Historique, 1878, t. VIII. El cisma jarichí que anarquizaba por entonces el N. de África, sustrayendo contingentes bereberes al incremento de las diezmadas filas islámicas en Europa, contribuyó a que los musulmanes no volvieran a inquietar con la misma angustia de inminente ruina a la cristiandad pirenaica, después de Poitiers. Es por tanto, hasta cierto punto explicable, que una consideración superficial de los hechos condujera a la simbolización de esta batalla, como acaso sucedió en 718 en Covadonga. De todos modos, sería más exacto sostener, en cuanto a afirmaciones rotundas, que “fueron los moros africanos quienes salvaron a la cristiandad occidental, al iniciar en 739, con su levantamiento, la serie de discordias civiles que redujeron a la impotencia por dos decenios a los conquistadores islamitas de la Península”. (C. Sánchez-Albornoz: *La España Musulmana*, Buenos Aires, 1946, t. I, p. 63) o, con Menéndez Pidal, que “la fuerza expansiva de un pueblo disminuye y se acaba como la de un gas, y la de los árabes se acabó a la mitad del Imperio Bizantino y en los montes Pirineos”. (M. Pidal, *op. cit.*, I, 63.) Pero cabe también plantearse la cuestión desde el lado hispánico como lo hace el mismo Sánchez-Albornoz: “¿Hubiera podido Carlomagno actuar con tanta libertad de movimientos si el reino de Asturias, de quien nadie se acuerda en la historia de Europa, no hubiese ocupado cada año, en junio y septiembre, dos grandes ejércitos musulmanes que le invadían y combatían sin tregua para aniquilarlo? No pueden calcularse los resultados de una invasión de Francia por Almanzor, el genio de la guerra que surgió en España cuando el Imperio carolingio yacía en su período agónico en la segunda mitad del siglo X.” (*España y el Islam*, p. 7.)

<sup>32</sup> El mismo Mercier recordaba a este propósito cómo los circunstanciales triunfos romanos de los últimos siglos de la antigüedad no pudieron impedir que el alud bárbaro invadiera al cabo Europa. (*Loc. cit.*, p. 13.)

<sup>33</sup> MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, II, 578.

2º Atracción de extranjeros a las empresas peninsulares bajo indulgencias y prerrogativas espirituales análogas a las de Oriente. Y, por otra parte,

3º Participación de caballeros y aun monarcas españoles en las mismas expediciones a Tierra Santa.

Pero esta tercera consideración, acaso la más ilustrativa de la aportación hispánica a las cruzadas quedará apenas esbozada como colofón de este estudio, circunscrito a los límites peninsulares.

### *Expediciones francesas.*

I. PRECEDENTES. En torno al eje horizontal de los Pirineos, la cristiandad francesa del Midi y la española del N. constituyeron durante mucho tiempo una comunidad de hecho, robustecida por vínculos de vecindad, de intereses y aun de familia, más que por lazos políticos positivos que, en definitiva, tampoco faltaron: "No ha habido sin duda época como la Edad Media en que los Pirineos hayan interpretado menos el papel de barrera", ha podido escribir Defourneaux <sup>34</sup>.

La amenaza del Islam, intermitente y localmente recrudescida en los estados orientales de la Península, fué compartida por las diversas unidades feudales del S. de Francia. Ante el peligro común, su reacción plasmó en un verdadero éxodo discontinuo de expediciones para el socorro o la ofensiva. Es lo que la historiografía francesa denomina casi desde entonces "cruzadas a España", con término que ha alcanzado aceptación universal.

El movimiento de "cruzadas a España" puede situarse cronológicamente como precedente y paralelo del que tuvo lugar en Europa respecto al objetivo oriental. Sus antecedentes se retrotraen hasta la intervención carolingia en la península, por más que estas actuaciones del Emperador, como las que fueron consecuencia de su política en Tierra Santa, no tengan carácter de verdaderas cruzadas. La relación de los monarcas asturianos con Carlomagno acusa en las fuentes, más que una impresión de ayuda, el recuerdo de un movimiento antifrancés desencadenado ante las tendencias de aproximación de Alfonso el Casto. La figura de Bernardo del Carpio, falsa o falseada, encarna en la leyenda todo un estado de opinión: la resistencia a caer en dependencia del caudillo franco, contra el que parece haber sido designio de la política de éste (Lucas de Tuy, Jiménez de Rada, Eginardo). La participación de Carlomagno en las contiendas civiles de los musulmanes muestra bien cuál es el carácter — estratégico, político — de su intervención, más tarde imitada por otros poderosos monarcas peninsulares. Prueba de una persistente tradición diplomático-militar carolingia de este tipo hacia el Islam español es la ocupación por Ramiro I en Albelda (859?) de los presentes que Carlos el Calvo enviaba al sedicente *tercer rey de España*, Muza II, en prenda de amistad.

De todos modos, hay que tener en cuenta que la participación ultrapirenaica en la guerra antimusulmana española no tuvo nunca, como veremos, carácter *nacional* o, por mejor decir, real. Su manifestación más continua es la presencia individual de pequeñas huestes señoriales, a veces de simples personalidades francas. Esto, unido a un deliberado silencio de la mayoría de las fuentes hispanas contemporáneas (paralelo del no menos inhistórico abultamiento novelesco por parte de las fuentes extranjeras), conduce a que los testimonios de estos orígenes sean escasos y sospechosos. Figuras como la del normando Roger de Toeni, cuyas hazañas son ensalzadas por Ademar

<sup>34</sup> M. DEFOURNEAUX: *Les Français en Espagne aux XI et XII siècles*. París, 1949, p. 1.

de Chabannes y a quien Orderico Vital denomina "Roger de España", son ignoradas por los *Gesta Comitum Barcinonensium*.

Pero la inferioridad cuantitativa y cualitativa de la mayoría de estas referencias no radica en principio sino en la misma secundariedad de los acontecimientos. Hasta 1063, las conclusiones relativas a estos hechos que se obtienen de documentos y crónicas son pocas e inseguras: "Pudo suceder"... "nada autoriza a sostener"... "sólo es lícito presumir"... resumen los historiadores modernos<sup>35</sup>. El primero de los cronistas más arriba citados consigna la concurrencia del duque gascón Guillermo Sancho a la batalla de Calatañazor (1002), afirmación no contenida en lugar otro alguno ni abonada por cualquier otro dato o deducción.

Es sólo en la segunda mitad del siglo XI cuando el movimiento de cruzada hacia España puede considerarse intensificado, y encauzada de modo efectivo la dispersa afluencia que determina.

2. PRIMERAS CRUZADAS. La primera expedición que de modo justo merece la denominación de cruzada por el carácter conjunto de su organización y la superación del particularismo de sus fines, es también la primera de que poseemos noticias más ciertas. La motivó el fracaso de Ramiro I de Aragón, muerto en el sitio de Grados, junto a Barbastro, en 1063. "El desconcierto que siguió a su muerte provocó en Occidente tal emoción, que conmovió al Papado, a los monjes, a la caballería francesa<sup>36</sup>." "Por primera vez un numeroso ejército francés reúne barones y caballeros originarios de diversas regiones de la Francia feudal, uniéndolos en una acción común. No es necesario decir que si la expedición de 1063 no es aun una cruzada en el sentido *jurídico* de la palabra, el espíritu de cruzada ha presidido su formación<sup>37</sup>." Iniciativa pontificia<sup>38</sup>, fuerzas *internacionales*, objetivo antimusulmán, todo permite designar con Menéndez Pidal a la empresa que conquistó Barbastro "una cruzada antes de las cruzadas"<sup>39</sup>.

Treinta y cinco años antes de la conquista de Jerusalén se realizaron aquí por los caballeros franceses y sus aliados españoles los mismos actos de exaltada piedad y salvaje crueldad que los de 1099 en Tierra Santa. La trascendencia del triunfo cristiano alcanzó "como un trueno" la lejana Cór-

<sup>35</sup> P. BOISSONNADE: *Las premières croisades françaises en Espagne*. Bull. Hispanique, 1934, XXXVI, p. 23.

<sup>36</sup> BOISSONNADE: *Du nouveau sur la Chanson de Roland*. París, 1923, p. 23.

<sup>37</sup> DEFOURNEAUX, *op. cit.*, p. 132.

<sup>38</sup> En cuanto a la organización a cargo de Alejandro II, nada cabe decir en definitiva. Sus bulas alusivas a una supuesta predicación de "cruzada" en Italia, Francia y el Occidente cristiano en general, carecen de fecha y lo mismo pueden referirse a la expedición de 1064 que a otra afluencia de combatientes a España próxima en el tiempo. La interpretación por Dozy del relato de Ibn Hayán, analista cordobés y la más explícita fuente de esta acción, acusa la presencia de un "jefe de la caballería de Roma", que lo mismo puede ser traducido como "jefe de la caballería de los rumis" o cristianos y es identificado en aquel caso como Guillermo de Montreuil, "gonfaloniero" del Papa. No cabe, por lo tanto, asegurar — aunque tampoco negar — que una tropa estrictamente *pontificia* concurriera a la cruzada. En cambio se atestigua la presencia, cuando menos, de aquitanos, normandos borgoñones, catalanes, etc., al mando de jefes tan prestigiosos como Guy Geoffroy (Guillermo VIII de Aquitania, posible jefe en defecto de Guillermo de Montreuil), Roberts Crespin, Teobaldo de Semur, Ermengol III de Urgel, etc.

Cf.: *Recherches*, II, 369 y ss.

P. DAVID: *Etudes historiques sur la Galice et le Portugal du VI au XII siècles*. Lisboa-París, 1947, p. 317.

DEFOURNEAUX, *op. cit.*, p. 131-132, nota.

<sup>39</sup> Cf.: *Op. cit.*, I, 147 y ss.

doña, haciéndola temer una inmediata y semejante suerte. Del otro lado, hasta la corte de Constantinopla se afirma que llegaron los prisioneros por miles como exceso de botín.

Pero la eficacia del intento no estuvo a la altura de sus posibilidades. Los vencedores se entregaron a una orientalización desbordada que deploran los cristianos (Amado de Montecassino: "*Ystoire de li Normant*") y describen los autores árabes (Ibn Hayán)<sup>40</sup>. El espíritu de los conquistadores, "embargado por la sensualidad más absorbente", devorado por el "fuego de amor" de harenes y placeres exóticos, no fué capaz de mantener su logro. Barbastro se perdió un año más tarde y el rey moro de Zaragoza vengó en la guarnición cristiana la matanza de sus correligionarios y parientes.

La campaña de Barbastro — insistimos — puede considerarse como la primera cruzada a España y, generalizando, la primera empresa antimusulmana en que tomó parte unida la cristiandad occidental. Hay en ella, como señala Boissonnade, "todos los caracteres que distinguieron aquella empresa ilustre" (la de las cruzadas)<sup>41</sup>. En esta pequeña acción local, cuyos efectos se revelaron por demás intrascendentes, se ha podido ver nada menos que el germen concreto de todo el movimiento europeo que había de volcarse hacia los Santos Lugares. Fliche ha escrito con motivo de ella: "El mundo occidental, bajo las órdenes del Papa, se precipita al asalto del Islam: la idea de cruzada ha nacido"<sup>42</sup>.

Diez años después, en 1073, se sigue esta primera empresa de otra cuya organización ha dejado más rastro en los documentos que constancia de realización. Tuvo por jefe a Eble de Roucy, cuñado del rey Sancho Ramírez de Aragón y yerno del normando Roberto Guiscardo. Se le atribuye la formación de un gran ejército, como sólo un rey podría haber levantado, para servir los designios de Gregorio VII (acaso los mismos de Alejandro II, su predecesor) y someter las tierras de España a la soberanía eminente de la Santa Sede.

Se trataba, pues, de reivindicar para el Papa el "patrimonio de San Pedro" a que más adelante hemos de aludir, instituyendo un feudo para el jefe de la expedición, que había de quedar en vasallaje directo de Roma, siquiera no se previese que de modo tan teórico y nominal como habría de estarlo el reino latino de Jerusalén.

Pero nada se consiguió. De los propósitos y preparativos se conservan testimonios. Se conocen las cartas en que el antiguo monje Hildebrando comunica a la cristiandad los designios de su comisionado. Pero no subsiste indicio alguno del coronamiento de la expedición. "No podemos hacer suposiciones, ya que no tenemos la más ligera noticia. Como tampoco sabemos cuándo, cómo ni por qué fracasó la empresa. Pero, ¿llegó realmente a emprenderse? Pues ni eso sabemos de la aventura, que quedó como un episodio aislado, sin dejar traza en la historia"<sup>43</sup>.

3. CRUZADAS EN APOYO DE CASTILLA Y ARAGÓN. Los cincuenta años que se sitúan a caballo sobre el 1100 — último cuarto del siglo XI, primero del XII — marcan el apogeo de la actividad militar francesa en la península. Dos

<sup>40</sup> MENÉNDEZ PIDAL, *loc. cit.*; Dozy, *Recherches*, II, 361 y ss.

<sup>41</sup> *Du nouveau*, p. 23.

<sup>42</sup> A. FLICHE, *apud Histoire du moyen âge*, dirigida por G. Glotz, t. II, p. 552. París, 1930.

<sup>43</sup> P. KEHR: *El Papado y los reinos de Navarra y Aragón hasta mediados del siglo XII*. (Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, II, 1946, p. 106.)

circunstancias tiempo atrás iniciadas determinan esta intensificación de la colaboración franco-española: “la influencia creciente de los cluniacenses en la península y el estrechamiento de vínculos dinásticos entre los monarcas españoles y los jefes de los grandes principados feudales franceses”<sup>44</sup>.

a) *Castilla*. En esta época, en efecto, Castilla hace suya la política matrimonial seguida por Cataluña y Aragón respecto a los estados del S. de Francia. Tolosa y, sobre todo, Borgoña, son las dos casas con que la corte de Alfonso VI anuda relaciones más estrechas. La presencia de borgoñones se acusa en España desde 1065, fecha en que fallece Teobaldo de Sémur, probablemente a su regreso de la cruzada de Barbastro. En 1080, el monarca castellano casa con Constanza (viuda del hijo de aquél, probablemente muerto también en España) y a partir de esta fecha se acentúa el *afrancesamiento* observado en la gobernación de Alfonso VI. A la influencia familiar debió unirse sobre el rey la del arzobispo de Toledo, el cluniacense Bernardo, cuyo acuerdo con la reina perduró de modo patente<sup>45</sup>.

Fruto y sucesivo determinante de aproximación hispano-franca son los nuevos casamientos de las hijas del rey con nobles ultrapirenaicos: Elvira con Raimundo de Tolosa, Teresa y Urraca con Enrique y Raimundo de Borgoña, respectivamente.

Lo interesante de notar aquí es que la presencia de los tres príncipes se acusa en la corte castellana con motivo de la cruzada subsiguiente al desastre de Sagrajas<sup>46</sup>, empresa que puede considerarse como la tercera organización importante — verdadera cruzada — de la cristiandad ultrapirenaica contra el Islam español.

La campaña respondía a la vez a un movimiento de socorro promovido por los musulmanes de la península cerca de las tribus africanas tras la caída de Toledo. Los almorávides, llamados por aquéllos, acababan de aplastar a los cristianos cerca de Badajoz, en Sagrajas (Zalacca), un día de octubre de 1086. La ambición y el fanatismo de la horda reciente, que hacía temer hasta a sus correligionarios peninsulares, obligó a Alfonso a demandar auxilio de las cristiandades de ultrapirineos. La gravedad del caso y la consciencia de su papel de valladar europeo le permitieron amenazar con retirarse hasta el N., dejando el paso franco a los invasores si no era asistido en su resistencia<sup>47</sup>.

La nobleza de Francia reaccionó adecuadamente y, unánime, se volcó hacia España. Vinieron en 1087 borgoñones (Eudes I Borrel con Raimundo y Enrique), tolosanos (Raimundo de San Gil, héroe más tarde en Oriente), provenzales, normandos (Guillermo Charpentier) y gentes del Languedoc, del Limousin y del Poitu como a la cruzada de Barbastro.

No obstante, y perseverando en la irregularidad que presidió la realización

<sup>44</sup> DEFOURNEAUX, p. 139.

<sup>45</sup> Hagamos notar que este presunto *afrancesamiento* no es sino una extensión europea de horizontes impresa por Alfonso VI a la historia española. Por lo demás, manifestaciones como la abolición del rito mozárabe, la adopción de la letra carolingia por la cancillería real, etc., han sido reiteradamente estudiadas para que reincidamos sobre ellas en estas páginas.

<sup>46</sup> No es probable ni se abona por las fuentes que hubiesen concurrido a la toma de Toledo, coronación de un proceso político antes que fruto de una cruzada. Opinión afirmativa han emitido, sin embargo, SANDOVAL (*Historia de los reyes de Castilla y de León*, Madrid, 1792, II, 263) y E. PETIT (*Croisades bourguignonnes*, Rev. Historique, 1886 t. 30).

<sup>47</sup> Cf.: DEFOURNEAUX, *op. cit.*, p. 143, nota 3.



de casi todas estas empresas, la magnitud de la iniciativa no correspondió a la de los logros obtenidos. Yusuf y sus almorávides habían vuelto al África y los expedicionarios ofrecieron sus esfuerzos a Sancho Ramírez de Aragón. “Después de soportar muy recios trabajos en aquel cerco de Tudela, los franceses se dispersaron, volviendo cada uno a su casa como pudo <sup>48</sup>.”

Si tanta limitación y fracaso se debió, como pregunta Boissonnade, a la traición del jefe normando, de quien se recordaba la felonía entre los primeros cruzados a Oriente, o al peso del botín ávidamente buscado en el norte <sup>49</sup>, no puede asegurarse. Lo cierto es que “aquella gran expedición quedó tan estéril como la de Eble de Roucy en 1077 y como tantas otras posteriores que, iniciadas con entusiasmo generoso, tropezaban en seguida con las ásperas dificultades que la guerra de reconquista ofrecía a cada paso” <sup>50</sup>.

b) *Aragón*. Pero la “entente” militar entre Castilla y Francia fué más circunstancial y estricta que la mantenida de modo tradicional y continuo por las casas del N.E. español y el Midi. Su colaboración persistió durante la primera Edad Media en forma menos ostensible en cuanto a trascendencia política y resultados prácticos, pero cabe también señalar a partir de estas fechas la organización de verdaderas cruzadas en apoyo del reino aragonés. “Es en todo caso en los años siguientes cuando aparecen en los documentos de origen español los testimonios más numerosos y circunstanciados sobre la actividad de la caballería francesa en España <sup>51</sup>.”

La campaña que condujo a la reconquista de Zaragoza en 1118 fué obra de un ejército cruzado en el que destacó la presencia de los señores franceses. Predicada esta cruzada por Gelasio II y Calixto II y planeada en el concilio de Tolosa del mismo año, concentró las huestes de Gastón V de Bearne, Rotrou de Perche y otros fieles colaboradores de Alfonso I, nunca ausentes ya de las empresas del Batallador hasta su muerte.

Esta vez, como dicen los cronistas árabes, “los francos acudieron como hormigas o como plaga de langosta” y, al decir de los cristianos, “hicieron maravillas”. El conde bearnés, cabeza de los contingentes extranjeros, tuvo ocasión de ejercitar en los muros de Zaragoza su experiencia artillera adquirida en Oriente (torres y máquinas). El 8 de diciembre se verificó la batalla que dejó indefensa la ciudad ante sus sitiadores y en la que perecieron millares de musulmanes aragoneses, granadinos y marroquíes. Boissonnade cree hallar en ella el hecho cierto de armas en que se inspiró directamente el poeta de la *Chanson de Roland* <sup>52</sup>. Once días después capituló la ciudad y el rey recompensó con largueza a sus auxiliares.

<sup>48</sup> MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, I, 341.

<sup>49</sup> *Op. cit.*, vid. pp. 34-35 y 330-1.

<sup>50</sup> MENÉNDEZ PIDAL, *loc. cit.*

<sup>51</sup> HAROLD LAMB, pretendiendo negar a la Reconquista toda significación precursora de las cruzadas afirma: “Decir que la cruzada la planearon los jefes militares para contener el avance musulmán en aquel terreno (los Pirineos) es olvidarse de que la cruzada extrajo uno de sus mayores contingentes militares de esos mismos Pirineos.” (*Historia de las Cruzadas*, Buenos Aires, 1947, I, 304). Señalando la intensidad nunca igualada que la colaboración franco-española alcanza en el primer cuarto del siglo XII, DEFOURNEAUX escribe en cambio: “Sería un error creer — como se hace comúnmente — que las grandes cruzadas de Oriente hayan obstaculizado mucho a las cruzadas de España. Sin duda algunos señores españoles, como Enrique de Portugal van a combatir lejos a los infieles, mientras el Islam amenaza sus fronteras; pero en cambio buen número de barones franceses vienen a aportar a España la experiencia que han adquirido en Trípoli o en Jerusalén” (*ob. cit.*, 148-9).

<sup>52</sup> *Op. cit.*, p. 48.

Continuación de esta campaña, proseguida con nuevos refuerzos ultrapirenaicos, puede considerarse la batalla de Cutanda (1120) donde los musulmanes, que habían pasado a la ofensiva, sufrieron de 15 a 20.000 bajas según las crónicas cristianas.

Una nueva avenida de combatientes franceses concurrió a la llamada de Alfonso I, que preparaba una incursión en Levante contra los moros. Los señores de Bearne y Bigorre, Aymerico de Narbona, Beltrán de Laon y el fiel Rotrou de Perche tomaron entre otros y junto a los españoles, las armas por el aragonés. Llegado el ejército a Fraga y cercada la ciudad (1134), un refuerzo musulmán enviado desde Lérida hizo caer a los cristianos en una celada y los aniquiló encarnizadamente. Todos los citados murieron allí entre muchos cientos de soldados cristianos.

Con ellos se extinguió casi por completo el movimiento francés de cruzadas a España. La difusión que el desastre alcanzó en las comarcas extranjeras de donde procedían los caídos retrajo no poco el generoso impulso de su inclinación, llevándoles a abstenerse de peligrosas expediciones. Su aportación volvió a reducirse a individualidades aisladas y no obtuvo de nuevo carácter general sino una sola vez, mucho tiempo más tarde, en 1212. “La era de las cruzadas a España — dice Defourneaux — ha concluído; parecerá volver a inaugurarse a comienzos del siglo XIII, con la participación de los franceses en la batalla de las Navas, pero el fracaso mismo de esta intervención mostrará que el espíritu que animaba a los cruzados franceses de la época precedente no existía ya<sup>53</sup>.”

4. SIGNIFICACIÓN DE LAS CRUZADAS FRANCESAS. Estos son los rasgos principales de la relación militar existente entre los estados españoles y franceses en torno a los años de mayor exaltación del espíritu cruzado en Europa. Cumple ahora proceder a su valoración, a la vista de los sucesos enumerados y de las opiniones emitidas por quienes han hecho su estudio con detención y detalle.

El primero que realizó un buceo meritorio y casi exhaustivo de la materia fué P. Boissonnade. Agobiada de documentación aportada y manejada con un sentido único y determinado previamente, la obra de este autor, meritoria en tantos aspectos, concluye por desfigurar la propiedad genuina de los españoles sobre su empresa nacional de Reconquista. Para nuestro historiador, la Reconquista es una acción mancomunada franco-española en la que se advierte una relación de mayor a menor con primacía del papel extranjero: *Protección y presidencia*, tales fueron, según él, las funciones que correspondieron a la caballería francesa en esta labor constructora de una historia ajena<sup>54</sup>. Pero su nacionalismo erudito no es exclusivo ni supremo; según Helferrich y De Clermont<sup>55</sup> “no hubo batalla librada por los españoles a los infieles en que la caballería francesa no pudiera reclamar su parte de gloria”.

La corriente encaja perfectamente en esa doble y parcial versión de la historia, emitida según la personalidad del sujeto investigador. Compensación suya y de la hipertrofia épica de que se revisten estos hechos en las fuentes

<sup>53</sup> DEFOURNEAUX, *op. cit.*, p. 171. Sobre la cruzada de las Navas, vid. más adelante.

<sup>54</sup> De este autor dice MENÉNDEZ PIDAL (*ob. cit.*, II, 635): “Exageró las segundas cruzadas de los siglos XI y XII, suponiendo que la Reconquista fué poco menos que una obra franco-española por mitad.” En lo que se refiere a la reconquista pirenaica, cabe decir que supuso que era “poco más” de la mitad francesa. Vid. también críticas a Boissonnade en Defourneaux, *ob. cit.*, 127, nota 1 y otros lugares de su libro.

<sup>55</sup> *Les communes françaises en Espagne et Portugal*, París, 1860, p. 3.

francesas es el silencio o la sobriedad poco generosa de las crónicas españolas hacia los mismos: "En conjunto, se puede decir que los cronistas españoles han *minimizado* la acción de los soldados venidos de ultrapirineos. Pero las fuentes de origen francés pecan sin duda del exceso inverso <sup>56</sup>."

En resumen, el prejuicio nacionalista ha condicionado casi permanentemente el análisis de este aspecto de la historia hispano-francesa; "desde el tiempo mismo de Orderic Vital", prevenciones vigentes en el Silense han perdurado y prevalecido hasta nuestros días sobre la objetividad histórica.

Por fortuna, en nuestra época, el volumen de la intervención francesa en nuestra historia ha sido encajado en sus justos perfiles de modo ponderado y ecuánime. M. Defourneaux, en su obra tantas veces citada <sup>57</sup>, se exime del influjo de las afirmaciones rotundas — omnipresencia, dirección — y del argumento *a silentio*. "La caballería francesa — concluye — *se asoció a algunas* de las grandes victorias de la Reconquista <sup>58</sup>." "La importancia que durante algún tiempo tuvieron la penetración y la acción francesa en la península no debe disimular el carácter efímero de ellas <sup>59</sup>."

En todo caso, y tal es el método que nos ha guiado, es preciso distinguir entre la colaboración más o menos constante, pero personal, aislada, de algunos señores ultramontanos, asociados por vínculos diferentes a la defensa de nuestros estados del N., y la organización y venida de expediciones como las enumeradas, que aportaron ocasionalmente a nuestra Reconquista el apoyo conjunto de la Francia feudal. Hay en suma que distinguir entre "presencia" y "cruzadas" o, si se quiere, entre "expediciones" concretas y determinadas, con objetivo estricto, y "movimiento", continuo pero difuso, de atracción.

Es evidente que las primeras también tienen de cruzada lo que por participación en la esencia general de la empresa antiislámica les corresponde. Pero no lo es menos que sólo las segundas, por su sistema de organización y estructura, por sus privilegios pontificios, por la diversidad de sus integrativas no llegó nunca a rebasar. Ciertamente, el hecho no es sino consecuencia de la misma estructura de la Francia medieval, escindida, feudalizada, y cuya dispersión política no se superó sino para la *gesta de Dios*, no siendo asu desde el principio al fin del movimiento. Ni Hugo I Capeto atendió la llamada del conde de Barcelona cuando la pérdida de su ciudad frente a Almanzor (986), ni Luis VI el Gordo acudió en ayuda de aquél cuando el avance almorávide puso de nuevo en peligro la capital catalana (1108). Bien es verdad que uno y otro hallaban motivos suficientes de cuidado en el asentamiento de su incipiente realeza y en las luchas contra Inglaterra respectivamente, para continuar la establecida política carolingia. Tampoco Roberto el Piadoso, en el intervalo (1010?), tuvo en cuenta las invitaciones que parece haberle hecho el navarro Sancho el Mayor, uno de los monarcas más posee una evidente limitación intrínseca:

a) Por el carácter local, descentralizado, que aun en las empresas colecciones, merecen el apelativo individual y pluralizado de verdaderas "cruzadas".

Por lo demás, la trascendencia eficaz de esta intervención en general mida la tarea hispánica por sus fracciones más representativas.

A este efecto es de hacer notar el absentismo de la realeza francesa

<sup>56</sup> DEFOURNEAUX, *op. cit.*, p. 126.

<sup>57</sup> Vid. nuestra recensión de este excelente libro en *Cuadernos de Historia de España*, núm. XIII, Buenos Aires, 1950.

<sup>58</sup> *Op. cit.*, p. 139.

<sup>59</sup> *Op. cit.*, p. 2.

universalistas de nuestra Edad Media<sup>60</sup>. Esta inhibición monárquica hace que gran parte de los protagonistas de las empresas francesas fueran *cadets* o segundones de nobles familias, que perseguían el fin de *se tailler* en España un feudo, a ejemplo normando.

b) Por la pobreza normal de los objetivos conseguidos, precisamente por las expediciones más notorias (Barbastro, Eble de Roucy, 1086, 1212 como veremos).

La diferencia de objetivos y de sistemas que en alguna ocasión se suscitó entre españoles y franceses, debió influir no poco en la causa de algunos fracasos. La cuestión del trato a los moros vencidos, considerados tan sólo como objeto de exterminio por los soldados franceses, intérpretes en este caso del más extremado concepto de los fines de cruzada, hubo de suscitarse (Barbastro, Malagón en la campaña de las Navas) por el criterio hispánico más utilitario, que admitía el pacto y la rendición y contaba con el vencido para la puesta en valor de las tierras recién conquistadas.

Lo peor era que a aquella feroz "ortodoxia" iban mezclados un extraño desenfreno y una ambición de pillaje y botín que desvirtuaban la posible pureza de su ideal cruzado. "El sistema de expediciones extranjeras, desarraigado de los intereses españoles y encaminado a los mayores beneficios del momento, no producía sino desordenados empujones, como el de Barbastro, sin ninguna consecuencia de regular beneficio y sí de graves represalias"<sup>61</sup>, dice Menéndez Pidal.

Lo mismo sucedió con la expedición de 1086-87, malograda en una devastación del valle del Ebro, de donde los cruzados, "demasiado cargados de botín, se apresuraron a volver a Francia"<sup>62</sup>.

Concluyendo: En la intervención francesa en la tarea española de Reconquista durante cierto período de la misma, hay que separar dos alcances: la aportación efectiva de esfuerzos y logros, y la corriente histórico-cultural en que éstos se insertan y de la que son consecuencia.

En cuanto a lo primero, su significación no es la de un suceso de primer orden, históricamente considerada su trascendencia. La escasa huella que, salvo las más importantes expediciones han dejado en la historia se debe en buena parte a su propia entidad y a la limitación de sus consecuencias, sólo excepcionalmente (Zaragoza) o efímeramente (Barbastro) eficaces. El exhaustivo conocimiento de sus intérpretes y acciones lógico es, pues, que no se posea sino al cabo de una ardua investigación como la que hubo de realizar Boissonnade, y de cuya necesidad no es por tanto justo que se doliese.

En cuanto a lo segundo, el movimiento como tal significa el alumbramiento y la perseverante vivificación del espíritu de cruzada que animó al Occidente en su tiempo. Las expediciones francesas son el antecedente más

<sup>60</sup> Cuando la monarquía francesa pretende por primera y única vez intervenir como cruzada en España, la ocasión ya ha pasado y, aunque volverá a presentarse, no reincidirá. Resulta, de todos modos, paradójico escuchar en labios del Papa (Adriano IV) recomendaciones de abstención para los propósitos cruzados de Luis VII hacia España en 1159: Los príncipes españoles podrían sentirse *amenazados* y los habitantes de estos reinos tendrían que *soportar el peso* del mantenimiento de su ejército. Son previsiones que no han de verse cumplidas en la campaña de las Navas, promovida a requerimiento del monarca castellano. Pero, por el momento, los tiempos son de estabilidad para los estados cristianos y acaso no fuesen descaminadas las precauciones del Pontífice. (Cf. Defourneaux, pp. 172-74)

<sup>61</sup> MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, I, 167.

<sup>62</sup> BOISSONNADE: *Du nouveau*, p. 35.

próximo y decisivo, si se quiere, el modelo, de las cruzadas. Este es el supremo valor, el representativo, que alcanzaron.

Pero el viaje de cada señor francés a España no es *una* cruzada, error cuantitativo y cualitativo que llevó al historiador últimamente citado a señalar hasta treinta y cuatro en el curso de los siglos XI y XII. Expediciones concretas de cruzada apenas pueden considerarse las anteriormente enumeradas y algunas otras que se citarán en el epígrafe siguiente. En ellas cabe encontrar en su mayoría las características que señalamos como definidoras de una empresa de cruzadas. Era el ambiente que las envolvía y en el que vivían tanto la organización de un ejército como los preparativos de viaje de un señor, el que permite hermanar en esencia este modesto movimiento localizado con la corriente total del mismo signo que inundó Europa y la arrastró entre 1095 y 1270.

### *El Papado y la Reconquista.*

El peso de la fuerte atracción sentimental que desniveló hacia Oriente la atención europea no alcanzó a torcer el fiel representativo del equilibrio papal. Para el cabeza de la cristiandad, tan enemigos de la cruz eran los turcos seldyúcidas como los moros españoles, y tan preciso se hacía combatir el peligro en uno como en otro extremo del continente. En cuanto instancia decisiva y jefatura eminente del mundo cristiano, el Papado “desde el fin del período carolingio... consideró siempre que la defensa de la cristiandad contra el Islam formaba parte de sus atribuciones”<sup>63</sup> y procuró ejercer éstas sin distingos poéticos ni locales.

De ahí sus esfuerzos por atender a la contienda empeñada en España con medios análogos a los que se invertían en Oriente. Buena parte de la documentación pontificia y de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede entre la segunda mitad del siglo XI y el fin del siglo XIII tienen por objeto el tema de las “cruzadas a España”. Bularios y Regestas, archivos y colecciones epistolares pontificales, crónicas e historiadores contemporáneos rebosan materiales que se ofrecen jugosos a una investigación adecuada. Un espigamiento inicial sobre los medios a nuestro alcance — cuyo detalle, aun mínimo, sería prolijo consignar — nos ha permitido entrever la magnitud del tesoro.

Dos modos afecta esta intervención papal en apoyo y consagración de la Reconquista: El fomento de la recluta de combatientes para las guerras de España y la retención en la península de aquellos españoles que se sentían atraídos por la llamada de Oriente. Ambos fines los persigue y alcanza el Pontificado con la equiparación en indulgencias y beneficios espirituales a los cruzados de España y de Tierra Santa. En suma, con la identificación por su parte de Reconquista y Cruzada.

I. PATRONATO PONTIFICIO. El primero que comprendió con claridad y eficacia la significación de la guerra en España fué Alejandro II, el precursor del gran Papa cruzado Gregorio VII. Él es quien se dirige en 1063 a la cristiandad, conmovida por la derrota aragonesa de Grados, y la estimula a un auxilio de los reinos cristianos pirenaicos. La respuesta fué la concurrencia de señores de todos los lugares de Italia y Francia a la cruzada de Barbastro<sup>64</sup>.

Diez años después, el mismo Alejandro II, cuyos propósitos respecto a España no sabemos hasta donde le hubieran llevado de no arrebatarse la

<sup>63</sup> FLICHE, *op. cit.*, p. 555.

<sup>64</sup> Cf. más arriba.

muerte en aquel mismo año, tomó también la iniciativa de lo que había de ser cruzada de Eble de Roucy. Esta expedición formaba parte, tanto de un impulso antimusulmán como de una idea imperialista que por entonces animaba al Pontificado y que halló su máxima expresión en el Papa inmediato, Gregorio VII.

Se trata del empeño, muy de la época, de afirmar la supremacía espiritual y temporal del Papado sobre el Imperio. La Santa Sede trató de reivindicar, ya simbólica, ya efectivamente, pretendidos derechos territoriales o jurisdiccionales sobre Francia, sobre Inglaterra, sobre los países del centro y sur de Europa, sobre España... Tales pretensiones se fundamentaban en la supuesta vigencia de derechos sobre el famoso y no menos supuesto "patrimonio de San Pedro", al que, se decía, pertenecía la Península, sin duda apoyándose — aunque esto no se manifestara expresamente — en la falsa donación constantiniana <sup>65</sup>.

Antes de que el proyecto se llevara a efecto murió el Papa y Gregorio VII que le siguió continuó con más intensidad los preparativos: Enfeudó a sus conquistadores en potencia (caballeros de San Pedro) las tierras que se adquiriesen, ordenó a sus representantes cuidasen de auxiliar y facilitar la labor de los cruzados, e hizo saber a los reyes peninsulares cuál era, ante el Pontífice, su verdadera situación en los territorios que detentaban como propios <sup>66</sup>.

Pero la respuesta la dió Alfonso VI proclamándose Emperador *totius Hispaniae*, y hay en las crónicas y en los juglares una estela del movimiento de protesta nacional que las pretensiones papales despertaron.

Fuera de estos ideales político-universalistas más que ambiciones prácticas del Papado, ya vimos cómo la de Eble de Roucy fué una de las verdaderas cruzadas a España. Fliche, incluso, ve en las pretensiones del privilegio de San Pedro un claro síntoma de que el Pontificado quería hacer resaltar su labor directora de las cruzadas españolas <sup>67</sup>.

Respecto a Urbano II, el Papa cruzado por antonomasia, el mismo Fliche advierte que tenía 20 ó 25 años cuando la expedición de Eble de Roucy se llevó a cabo. "Se explica pues — añade — que un Papa cuya juventud se había desarrollado en aquel medio (el ambiente francés de cruzadas a España) haya estado desde el comienzo de su Pontificado dominado por el pensamiento de la reconquista cristiana en España <sup>68</sup>."

Grande fué, en efecto, su interés por las campañas continuadas que se

<sup>65</sup> Sobre este tema puede verse copiosa bibliografía en los repertorios de J. CALMETTE (*Le monde féodal*, t. IV de la colección "CLIO. Intr. aux études historiques", París, s.) y en LLOYD B. HOLSAPPLE (*Constantino el Grande*, Buenos Aires, 1947, p. 410). Cf. también para lo referente a España, MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, cap. I, 1.

En su epístola "ad principes Hispaniae" de 30 de abril de 1073 (MIGNE, *Patrol. Registro de Gregorio VII*, lib. I, epíst. 7<sup>a</sup>, t. 148, cl. 289-90), dice el Papa del reino de España: "nulli mortalium, sed soli apostolicae sedi ex aequo pertinere". Las tierras que Roucy pueda conquistar a los moros, "sub conditione inter nos factae pactionis ex parte Sancti Petri possideret".

<sup>66</sup> Epístola de la misma fecha a Ostieno y Rambaldo, legados en Francia (*Patrol. id. id.*, epístola 6<sup>a</sup>, col. 288-89).

Epístola del 1<sup>o</sup> de julio de 1077 a los reyes, condes y demás príncipes hispanos (*id. id.*, lib. IV, epíst. 28<sup>a</sup>), imponiéndoles de cómo el reino pertenecía de antiguo a San Pedro, del olvido de esta atribución por la invasión mora y el tiempo, y anunciando el envío de legados con instrucciones sobre el caso.

<sup>67</sup> FLICHE, *loc. cit.*, p. 555. "El privilegio de San Pedro, ¿no parece indicar claramente que la cruzada francesa en España queda bajo el control, bajo la dirección suprema del Pontífice romano?"

<sup>68</sup> *Id. id.*, p. 554.

libraban en el N. de la Península. Boissonnade afirma que le preocupaba más el peligro almorávide que el turco, y en la documentación correspondiente a su Pontificado se trasluce esa permanente atención a los sucesos de España. Acaso el más representativo sea el síntoma de una bula fechada en Capua en 1092, en la que él, el Papa que había de desatar el entusiasmo sin límites por la liberación de los Santos Lugares, conmuta a los catalanes el voto que tengan de ir a Tierra Santa por el de cruzarse para la reconquista de Tarragona <sup>69</sup>.

La afluencia de extranjeros hacia los frentes españoles ponía ante los ojos de este Pontífice la fórmula y el desarrollo de una cruzada antiislámica poco más acá de los Pirineos. ¿Será aventurado apuntar que aplicase el sistema aquí ensayado cuando se le suscitó el problema de la ayuda a Bizancio? En pura lógica, parece evidente que la Reconquista española trasplantó sus esencias, a través de Urbano II, a las Cruzadas de Oriente.

Sus sucesores, Pascual II, Gelasio II, Calixto II, lo fueron también en su atención despierta por España. El primero organiza y sanciona la cruzada pisano-catalana que culminaría en 1115 con la conquista de Palma de Mallorca <sup>70</sup>; el segundo convocó el Concilio de Tolosa, tres años después, de donde habría de salir la cruzada para la conquista de Zaragoza; y el tercero, "procurando fomentar la guerra sagrada en nuestra península, manifestó sus deseos de exaltar al ejército con su misma presencia, y no pudiendo cumplirlo, sustituyó su persona por la de Olegario, arzobispo de Tarragona, nombrándole su vicario y legado *a latere*, y dirigiendo a los fieles una bula exhortativa" <sup>71</sup>. Pero, además, las concesiones de indulgencia de los tres, imponen que no se desamparen las posiciones españolas y vuelvan a ocuparlas los que las hubieren abandonado para ir a Tierra Santa (bulas de 1109, Concilio de Letrán de 1123). El Concilio de Clermont en 1130 impuso como penitencia a los incenciarios un año de cruzada en España o en los Santos Lugares, indistintamente.

Así se iba haciendo constante la intervención pontificia en los asuntos de la Reconquista de España. "El copioso fruto que produjeron estas amonestaciones y gracias de los Pontífices... hizo que los reyes de España solicitasen en adelante de la Santa Sede la dispensación de la Cruzada para toda empresa de alguna importancia que se intentase contra los moros <sup>72</sup>." Por ello, en el período que se abre a continuación en estas relaciones y que alcanza su máxima expresión en las mantenidas a partir de la invasión almohade, sobre todo entre Alfonso VIII e Inocencio III, se pone de manifiesto el papel propulsor y rector de cruzadas que el Papado desempeña.

Pero antes está la función organizadora de Alejandro III, que podría denominarse *en español* el Papa de las Órdenes Militares. Hasta tres, de las cuatro nacionales, se aprobaron y reconocieron en España bajo su mandato: la de Calatrava, creada por Sancho el Deseado y aprobada en 1164; la de Santiago, fundada o reorganizada por Fernando II y reconocida por la Santa Sede

<sup>69</sup> VERA IDOATE: *Navarra y las Cruzadas*. Pamplona, 1931. Bula de 1092, fechada en Capua.

<sup>70</sup> Sobre este tema vid. ALCOVER: *El Islam en Mallorca y la cruzada pisano-catalana*. Palma, 1930.

<sup>71</sup> FERNÁNDEZ NAVARRETE: *Disertación histórica sobre la parte que tuvieron los españoles en las guerras de Ultramar o Cruzadas*. Memorias Real Acad. de la Historia, t. V, p. 58. (Cf. FLÓREZ, *Esp. Sagr.*, XX, 88). Calixto II reunió además un Concilio en Tolosa, en 1117, para predicar la cruzada de Zaragoza. (Cf. HEFELE, *Hist. des Conciles*, V-567).

<sup>72</sup> FERNÁNDEZ NAVARRETE, *loc. cit.*

en 1175; y la de San Julián de Pereyro, dos años después, que pasó desde el Obispado de Ciudad Rodrigo a Alcántara, donde tomó su definitivo nombre.

Tales fundaciones se deben, aparte de a otras razones políticas e internas, a una necesidad de defensa constante de puntos neurálgicos en la frontera cristiano-árabe. Vienen a ser como cruzadas permanentes y locales, una especie de “profesionalidad” cruzada, que encarnaba de modo material, expreso, la doble faz — militar, religiosa — del movimiento general, elevando a perpetuos los fines circunstanciales de los cruzados.

Las Órdenes Militares significan respecto a la Cruzada algo así como la permanencia de la acción de ésta a cargo del reino de Jerusalén y de los demás estados cristianos de Tierra Santa; algo así como la perdurable presencia de algunos señores franceses en tierra española luego de concluída su intervención militar inmediata, la cual continúan prestos a reanudar. Son el enlace entre acción y acción, el elemento que da continuidad al movimiento entre el recrudescimiento intermitente de dos expediciones.

En cuanto a la limitación originaria de su radio de acción, fácil es recordar cómo se rebasó siempre que sus servicios fueron precisos, dondequiera que fuese, y cómo del ámbito peninsular se proyectó su acción a Oriente<sup>73</sup>.

2. EJEMPLO DE CRUZADA: LA CÁMPAÑA DE LAS NAVAS. El 29 de junio de 1195 desembarcan en Algeciras los almohades. Un avance sin aplazamientos ni obstáculos los sitúa en Alarcos (Badajoz), frente a los cristianos el 19 del mes siguiente. Allí tuvo lugar una de las más fuertes y resonantes derrotas de los castellanos, que combatieron solos, bien en un alarde caballeresco de su monarca (como parece indicar el hecho de que hubieran de sacarle a viva fuerza del campo de batalla, donde pretendía morir matando), bien por la premura de los acontecimientos, o porque les abandonasen los monarcas de los otros reinos.

La derrota de Alarcos hizo cundir un estremecimiento de alarma por Europa entera. Yacub Almanzor, “el Califa victorioso, se envanecía de que llegaría a Roma, a purificar la Santa Sede y a entregar al *Predicador Supremo* al escarnio de sus soldados”<sup>74</sup>.

Era por entonces cabeza de la Iglesia Celestino III, antiguo cardenal legado en España que, predicando aquí la cruzada que conquistó Cuenca en 1177, había sido, “no sólo testigo presencial, sino actor insigne” de las guerras contra los moros. Pronto comprendió la necesidad de un socorro eficaz para las maltrechas fuerzas de Alfonso VIII, que acudiese a Castilla, no como ayuda esporádica y diplomática, sino ambientada y movida por un ideal de cruzada.

Los documentos que ilustran la actividad subsiguiente de la Santa Sede — bajo Celestino III e Inocencio III — son altamente representativos y permiten seguir al detalle el mecanismo de preparación, organización y realización de una cruzada<sup>75</sup>.

En primer lugar, el Papa trata de lograr la unidad entre los enfrentados reyes españoles. Sancho VII de Navarra, Alfonso IX de León, mantienen con el de Castilla relaciones inamistosas, por las que culpa Jiménez de Rada al

<sup>73</sup> Cf. más adelante.

<sup>74</sup> SCHNÜRER, *op. cit.*, II, 439.

<sup>75</sup> Se encuentran compiladas estas fuentes por el Marqués de MONDÉJAR, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey D. Alfonso el Noble*, Madrid, 1783. Traducidas además en su mayoría del latín y del árabe por A. HUICI, *Campaña de las Navas de Tolosa*, Anales del Instituto General y Técnico de Valencia, t. I, 1916. Algunos docs. interesantes en F. FITA, *Bulas históricas de Navarra*, Bol. Ac. Historia, t. XXVI.



leonés su ausencia de Alarcos <sup>76</sup>. Celestino III se lamenta del fracaso en Oriente de la tercera cruzada, de la marcha de la guerra en España y África, a causa, dice, de las disensiones entre cristianos. “Después de la invasión de la tierra de Jerusalén, ocurrida por exigirlo nuestros pecados, ha crecido tanto en las Españas el poder de los sarracenos que la muchedumbre de males hace dudar a cual de esos países sea mejor socorrer.” Su celo paternal y justiciero alterna el encargo de arbitraje a su legado, para que componga paces entre los tres reyes, con la fulminante excomunión del leonés, que había atacado a los castellanos, y la amenaza de suscitar cruzada en su contra, si persistiendo en la confederación con los moros, les abriese paso en sus estados para combatir al de Castilla como se temía.

Inocencio III continúa esta sabia y elevada política de auténtica dirección de la Cristiandad. Concitando la unión y la concordia entre monarcas españoles, primero, patrocinando después, en la península y en los reinos europeos, la predicación de la nueva cruzada que por Francia y Alemania propagaría el arzobispo Jiménez de Rada. Cartas exhortativas partieron de Roma al alto clero de España y de Francia en las que el Papa ordenaba que “ofreciendo de parte de vos y de la nuestra el perdón de todos los pecados a los verdaderamente arrepentidos, . . . en el término fijado (la octava de Pentecostés) le socorran en esta necesidad y le presten el auxilio necesario en cosas y personas” al rey de Castilla. Su reino se coloca bajo la protección pontificia, conminando al resto de los monarcas peninsulares con censura sin apelación si violaren la tregua establecida con aquél. “Mandadles — dice a sus arzobispos — . . . que si tienen entre sí algunas cuestiones, difieran por ahora el resolverlas ante el peligro que amenaza, y en tiempo oportuno, cuando sean poderosos, envíen a nuestra presencia procuradores, testigos y lo demás necesario para la causa, y busquen ante Nos justicia. . . ; y nosotros, con la ayuda de Dios, procuraremos hacérsela plena <sup>77</sup>.”

Alfonso VIII, entretanto, acuerda en las cortes de Toledo (1211) arbitrar recursos, reclutar soldados, suprimir toda pompa y gasto superfluo y enviar emisarios en demanda de ayuda a los príncipes cristianos. Ultimados por su parte y por la del Pontífice los preparativos terrenos, Inocencio se vuelve a Dios: El miércoles de la infraoctava de Pentecostés del año doce, dispone la celebración en Roma de una rogativa general “por la paz de la Iglesia Católica y del pueblo cristiano, y especialmente para que Dios los favorezca en la guerra que se dice han de tener en España contra los sarracenos”. Comitivas de hombres y mujeres, seglares y eclesiásticos, descalzos, sin ostentación en el vestir, se dirigirían — ordena — entre rezos y lágrimas y un volteo de campanas, al campo de Letrán; allí, el Papa, portando el *Lignum Crucis*, aparecería sobre las escalinatas para dirigir la palabra a la multitud. Una muchedumbre piadosa y enfebrorizada reviviría en aquellos momentos el día tremante de Clermont. Luego, el propio Pontífice oficiaría una misa y la multitud se disolvería hacia sus casas para hacer ayunos y limosnas.

La cruzada se realizó por fin. Del éxito de la predicación pontificia y de las gestiones diplomáticas de Jiménez de Rada y Alfonso VIII hablan el

<sup>76</sup> “Cum autem Aldefonsus ex Legionis et Sanctius rex Navarrae venire in auxilium ad bellum Alarcuris simulassent, et iam ad regni Castellae confinia pervenissent, audite quod in praedicto bello non bene successerat, a proposito destiterunt.” JIMÉNEZ DE RADA, *De rebus Hispaniae*, lib. VII.

<sup>77</sup> Bula de 5 de abril de 1212 en Letrán.

número y la calidad de los extranjeros y españoles que acudieron a engrosar el ejército de Castilla. Con sus respectivas huestes llegaron los arzobispos de Narbona y Burdeos, el obispo de Nantes, Teobaldo de Blazón, duque de Poitiers, el conde de Benevento, el vizconde de Turena, Godofredo de Aldebraya, etc., y caballeros franceses, alemanes y lombardos en número de 2.000 con 12.000 jinetes y hasta 50.000 infantes. Pedro II de Aragón aportó 3.500 jinetes y 20.000 peones, a más de caballeros y prelados de Barcelona y Tarragona. Sancho el Fuerte compareció con los condes pirenaicos y sus respectivas tropas. De Portugal llegaron otras, mandadas al parecer por un Infante<sup>78</sup>, y se acusa la presencia de caballeros leoneses, gallegos, etc. “Los infieles — dice el Anónimo árabe de Copenhague, traducido por Huici — se reunían como langostas, por su número y por los daños que habían de hacer.” Toda España y una buena representación del Occidente estuvieron allí.

Lo ocurrido después lo narra con especial objetividad Alfonso VIII en carta dirigida a Inocencio, dándole cuenta del resultado de la cruzada, y de la que están tomados los datos que anteceden. El hecho es que, tras las primeras operaciones previas, el flamante ejército de los ultramontanos, que ya había flaqueado en la toma del castillo de Malagón, se retiró. Las causas de tan grave defección no están muy claras ni parece que hayan de estarlo ya nunca. Unos la atribuyen a la mezquindad de los botines obtenidos, otros al freno que puso a la sed de matanza de vencidos el rey castellano, y aun se afirma que fué el rigor del verano quien agostó con su ardor el ardor bélico de los cruzados. Alfonso, generoso, dice que abandonaron la empresa “vencidos por el deseo de volver a su patria”.

El hecho es que tan sólo quedaron con el arzobispo de Narbona y Teobaldo de Blazón unos 150 caballeros extranjeros. De los peones, ni uno. En esto vino a parar el amplio plan de ejército de la Cristiandad de Inocencio III, y lo que comenzó siendo empresa universalista y llegó a serlo, efectivamente, por la trascendencia de sus logros, hubo de realizarse en última instancia por el esfuerzo exclusivo de los españoles.

La cruzada de las Navas de Tolosa nos brinda por su documentación y por su historia una imagen completa, como dijimos, del mecanismo de organización y realización de una cruzada: Patronato papal, aunque la iniciativa corriera a cargo de Alfonso VIII; ejército internacional que acude a la llamada del Pontífice y que no se halla unido por otro vínculo que el de la fe, y cuyo objetivo no es el auxilio a un rey peninsular, sino la guerra contra los infieles; la concesión de indulgencias y privilegios espirituales; todo denuncia el misticismo de la empresa. Sólo el proceso de realización falla, como fallara en tantas otras expediciones de cruzada.

3. OTRAS CRUZADAS. 1212 es la fecha en que puede considerarse definitivamente clausurada la época de “cruzadas francesas a España”. La actitud de patrocinio y ayuda por parte pontificia persevera no obstante mucho más allá de este hito significativo.

Tras Inocencio, tampoco Honorio III que le sucedió se desentendió de los asuntos hispanos. Su voluntad de fomentar la conquista de los territorios sometidos al infiel, coincide con los propósitos y el ánimo de D. Rodrigo Jiménez de Rada, en quien delega para todo lo referente a organización y realización de estas empresas. La experiencia y dinamismo del arzobispo, acreditados en la predicación europea de la de las Navas y su actuación militar

<sup>78</sup> Cf. J. ARGAMASILLA DE LA CERDA: *Notas sobre la batalla de Las Navas*. Rev. de Historia y Genealogía Esp., t. I, 1912.

Pero el tiempo ha ido avanzando y el espíritu inicial de cruzada debilitándose y mistificándose a medida que se alejaba de su prístina pureza primitiva. Las necesidades a que servía, sobre todo, han ido rebajando su apremio también. Desde 1270, las cruzadas a Oriente no han vuelto a verificarse, y aunque la amenaza islámica crece y seguirá creciendo alarmantemente — faceta militar —, el tema de los Santos Lugares — faceta mística — ha dejado de subyugar las imaginaciones por manido y por resuelto, reducido *ad impossibilem*. En la documentación pontificia de la segunda mitad del siglo XIII va espaciándose de modo progresivo la palabra *cruzada* y se observa cómo se desvirtúa su significación original para ir perfilando un concepto financiero, económico.

Todavía se encuentran bulas — Alejandro IV, Gregorio X, Nicolás IV — por las que se ratifican o se otorgan de nuevo las consabidas indulgencias de cruzada a los caballeros de las Órdenes Militares y a cuantos se empleen en un mismo quehacer religioso-guerrero. Pero a su lado y más numerosas cada vez, figuran otras en que lo que se menciona es la “Bula de la Cruzada”, y se ordena, se organiza y se monopoliza su predicación y recaudación por la Orden de Santiago en Castilla, como un impuesto <sup>84</sup>.

Entre la exención a España de la *vigésima de Oriente*, concedida por Honorio III en virtud de las empresas de D. Rodrigo Jiménez y esta planificación recaudadora, media una evolución superior a la distancia temporal. Bien es verdad que, remontados los reinados de Fernando IV y Alfonso IX, los reyes españoles tampoco trabajaron gran cosa en la labor nacional de reconquista, deslizada ya ésta en su fase final de estabilización y liquidamiento. En Castilla, consumieron sus energías en contiendas dinásticas y conflictos nobiliarios; en Aragón, concluída y limitada su acción peninsular, se volcaron hacia la política mediterránea que tanto había de ampliar los horizontes históricos de la Península. El Salado había sido la última y concluyente gestión de España en defensa de la cristiandad de Europa en la Edad Media.

#### *Los españoles en las Cruzadas a Oriente.*

La historia medieval española vinculada al todo occidental europeo, pero con particularidades incompartidas y acusadas, muestra también su diferenciación — y, como hemos visto, de modo intenso — en la peculiaridad de su papel dentro del drama común de las Cruzadas.

En las páginas que anteceden se ha definido y resaltado la modalidad de reconquista que éste adopta en su desarrollo español. Pero daríamos una imagen unilateral del tema si no aludiéramos siquiera a ese sentido inverso — irradiado, de dentro a fuera — del movimiento estudiado, cuyo análisis cae fuera de los límites de nuestro trabajo.

La participación de España en las Cruzadas tuvo también su aspecto oriental; en las acciones de Tierra Santa se hallaron igualmente caballeros y peones de los reinos cristianos del extremo Occidente. La poderosa atracción espiritual y épica de las más famosas empresas guerreras de la Historia Universal alcanzó también con su fuerza de imán a los que peleaban por la misma causa en la Península Ibérica. Fácil es comprenderlo: “Las cruzadas de Oriente, a distancia, conmueven más la imaginación que lo puedan hacer las de España” <sup>85</sup>; “la novedad de la moda y la poderosa devoción a los Santos Lugares arrastraban a los caballeros hacia Siria, haciéndoles olvidar

<sup>84</sup> Burgos, 21 de septiembre de 1305, doc. I de dicho año en el Bulario.

<sup>85</sup> BOISSONNADE: *Du nouveau*, p. 68.

en la misma, le abonaban. “Comprende D. Rodrigo en su organización de cruzadas la propaganda, la sistematización de las posibilidades económicas, el logro de facilidades en Roma, el reclutamiento de las gentes y mil cosas más, sin abandonar un detalle, cuidando de todos ellos... Abarca con su actividad de cruzada desde 1211 a 1274, ¡treinta y seis no interrumpidos años! <sup>79</sup>.” “Es por tanto, dice este biógrafo suyo, el más grande cruzado de la Edad Media.”

Lástima que estas empresas suyas no se vieran coronadas por el merecido éxito. Las milicias de la Cristiandad que reunió en los años 1218 y 1219, sin *nacionalidad* ni filiación señorial, puro ejército cruzado con el fin de combatir al moro en nombre de la fe, no obtuvieron consecuciones extraordinarias. La primera se disolvió antes de atacar Cáceres y la segunda, de 50.000 hombres (españoles, gascones, caballeros de las Ordenes Militares), se empleó en una breve campaña murciana.

La Orden de Calatrava vió acrecidos sus privilegios con los breves y bulas de Honorio III. En el Archivo Histórico Nacional de Madrid se conservan documentos en que se equipara en indulgencias a los que hubiesen permanecido guardando sus castillos de la frontera y los que, entretanto, peleaban contra los musulmanes junto al rey de León o en Tierra Santa <sup>80</sup>.

Análogas concesiones jalonan los decretos de Gregorio IX <sup>81</sup>. Pero además — es una época de estabilidad relativa y predominio cristiano en los reinos de España — este Papa patrocina la proyección de la potencia española fuera de la península, ya por dispensación de privilegios de cruzada a la expedición mallorquina de Jaime I <sup>82</sup>, ya por adopción de la de Teobaldo I de Navarra en Oriente, a la que aludiremos más adelante.

Este mismo papel desempeña Inocencio IV. Palestina y Occidente son considerados por él facetas de un mismo tema: 1º, asignando la consideración de cruzada al proyecto de reconquista de Sevilla llevado a cabo por San Fernando; 2º, haciendo lo propio con los de Alfonso el Sabio en África, si bien éstos no habrían de realizarse, debido a las discordias existentes entre el castellano y su suegro Jaime I de Aragón; 3º, conmutando el voto de cruzada a Jerusalén por el servicio en la orden de Santiago en España <sup>83</sup>.

<sup>79</sup> MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS: *D. Rodrigo Jiménez de Rada*. Barcelona, 1936, p. 174. La monografía fundamental sobre la figura del gran arzobispo toledano es la de J. GOROSTERRATZU, Pamplona, 1925. En el *Bulario* que la complementa, pueden hallarse no pocos datos ampliatorios referentes a la actitud de los Papas ante la cruzada española.

<sup>80</sup> Archivo Histórico Nacional: Índice de documentos de la Orden de Calatrava, Secc. II, Docs. eclesiásticos, núms. 17, 18 y 19.

<sup>81</sup> Sus indulgencias se extienden también a la Orden de Alcántara.

<sup>82</sup> FERNÁNDEZ NAVARRETE, *loc. cit.*, p. 74. La conquista de Mallorca fué acordada por las cortes de Barcelona de 1228 y organizada desde un principio con carácter de cruzada (Zurita). Acompañaron al rey, que embarcó en una nave de Montpellier, el señor del Rosellón, el vizconde de Bearne con su hermano (los cuales murieron en la empresa), Hugo de Ampurias, diversos preladados y caballeros del Temple. La partida se hizo el 6 de septiembre de 1229; el 1 de enero de 1230 se tomó “la ciudad de Mallorca” y la isla quedó completamente sometida en 1232. A la conquista de Ibiza concurrió D. Pedro de Portugal.

<sup>83</sup> *Bullarium equestris Ordinis S. Jacobi de Spatha*, por Francisco Aguado de Córdova, Alfonso y Antonio Alemán y Rosales y Juan López Arguleta. Madrid, 1719. Bula de 2 de septiembre 1245 (doc. IV de dicho año en el *Bulario*).

Para este trabajo han sido también consultados los *Bularios* de Calatrava y Alcántara: *Bullarium Ordinis Militiae de Calatrava*, por Ignacio José Ortega y Coles, Juan Francisco Alvarez de Baguedano y Pedro Ortega y Zúñiga. Madrid, 1761.

*Bullarium Ordinis Militiae de Alcantara olim S. Juliani del Pereiro*, por Ing. José Ortega y Cokes, José Fernández de Brizuela y P. Ortega y Zúñiga de Arenda. Madrid, 1759.

su propia guerra contra los moros del Andalus, que era para ellos tema ya demasiado gastado”<sup>86</sup>.

Hasta qué punto esto sucedía y cuánto hay que descargar de la voluntad hispánica la *culpa* de su ausencia en Oriente, ha quedado bien patente en esa actividad casi cotidiana de los Sumos Pontífices que, por distintos medios, y aun por expresa prohibición, vedaba el éxodo amenazante hacia lugares de idealidad y de aventura.

Por eso, además de por las razones fundamentales de necesidad, la colaboración española en Oriente nunca entrañó un movimiento étnico-político, de todo un pueblo, sino que ha de analizarse en participaciones aisladas de mesnadas señoriales o de simples caballeros independientes<sup>87</sup>.

Pero, avanzada la Reconquista y cuando el peligro no apremió con llamadas de urgencia a las puertas de sus reinos respectivos, también ha de verse a los monarcas hispanos organizando expediciones de cruzada. Teobaldo el Grande de Navarra la lleva a efecto — se ha dicho — “*porque* su reino no tiene frontera con el moro”. Jaime I de Aragón la inicia cuando, limitada su empresa reconquistadora por acuerdos con Castilla, carece de horizontes peninsulares y mantiene tensa una impaciencia guerrera que busca objeto en que emplearse. Jaime II la prepara como descubierta y apoyo de sus amplios proyectos de expansión comercial.

Las Órdenes Militares, por otra parte, sujetas como están por voto de disciplina a las órdenes del Papa, son empleadas cuando éste lo tiene a bien en los frentes de las cruzadas internacionales. El carácter de frontera bélica permanente que la zona de Oriente llegó a ofrecer, cuya actividad se recurre con intermitencia, pero mantenida de forma análoga al *statu quo* oscilante de la Reconquista española, hacía particularmente aptas para su servicio a estas fuerzas probadas en la paciente guarnición como en la incursión de castigo, repentina y violenta.

Resumiendo esta impresión general sobre la participación española en las cruzadas de Oriente, podemos ordenarla bajo tres aspectos y en otros tantos apartados. Su análisis requeriría una investigación independiente y adecuada en monumentos y fuentes tanto asequibles como lejanos:

1º Asistencia de caballeros aislados, peregrinos sometidos a un voto individual de cruzada que no quisieron conmutarlo por su cumplimiento en España, acogiéndose a alguno de los privilegios papales. Debió ser intensa esta corriente, que permanece prácticamente sin estudiar, a más de por los diques con que los Papas pretendieron contenerla reiteradamente, por el ambiente épico del momento y el escape guerrero que a cualquier impulso positivo o coercitivo de carácter religioso encontraba el hombre medieval; que “costaba menos a los señores feudales emprender una peregrinación o una expedición lejana, que hacer el más ligero esfuerzo sobre sus pasiones”<sup>88</sup>.

2º Cruzadas de organización real. Cumplidas (las de los Teobaldos — I y II —), iniciadas (la de Jaime I) o proyectadas (las de Jaime II) entre otras, pueden enumerarse también algunas como muestra del clima cruzado que dominaba en España por comunión y extensión del ambiente europeo. Su

<sup>86</sup> MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, II, 578.

<sup>87</sup> FERNÁNDEZ NAVARRETE (*op. cit.*), aludió superficialmente a este movimiento. La moderna sistematización y análisis más o menos intenso de estas participaciones individuales permanece sin embargo por hacer.

<sup>88</sup> E. PETIT, *loc. cit.*, p. 267.

importancia y efectividad no están, desde luego, en proporción con el significado representativo que cabe asignárseles <sup>89</sup>.

3º Contingentes de Órdenes Militares que se trasladan a Tierra Santa en cumplimiento de órdenes emanadas de la alta estrategia papal. El defecto de investigaciones en este sentido nos permite conocer a este respecto más noticias previas que referencias de cumplimiento. Ya porque los documentos manejados se refieran a circunstancias anteriores al viaje, ya porque necesidades peninsulares imposibilitasen la realización de estos proyectos <sup>90</sup>.

Quédese en esta enunciación de programa nuestra alusión. Ella basta a nuestro juicio para evidenciar la dirección centrífuga que, además del poder de atracción — en las páginas que anteceden estudiado — cobró esa doble relación que hace mutuos tema y sujeto los dos términos de nuestro epígrafe titular: España y las Cruzadas.

<sup>89</sup> Sobre las cruzadas de Jaime I y II, vid. FERNÁNDEZ NAVARRETE. Para las de Teobaldo I y II, VERA IDOATE, *op. tamb. cit.* Cf. asimismo F. CARRERAS CANDI: *La Creuada a Terra Santa (1269-1270)*. Congr. de H<sup>ª</sup> de la Corona de Aragón, dedicado al rey D. Jaime I y a su época. Barcelona, 1909, 1<sup>ª</sup> parte.

<sup>90</sup> La Orden de Santiago recibe instrucciones de Inocencio IV en 1246 para que acuda en auxilio del emperador de Constantinopla con 300 caballeros, 100 ballesteros montados, 100 a pie y 1.000 peones (Bulario Santiago doc. II de 1247). La de Calatrava es requerida por Alejandro IV en 1258 para que concurra a los esfuerzos de la Cristiandad que se oponen al peligro tártaro (Bula de 13 diciembre en Letrán. Arch. Hist. Nac., Índice citado, doc. ecles. n<sup>º</sup> 52).